



Número 238
Mayo 2023

HERALDOS DEL EVANGELIO



*«Tú, al menos,
procura consolarme»*

Pureza que engendra atracción y amor

La pureza de Felipe, para quien la observamos muy a fondo, no es más que otro aspecto de su amor a Dios; y es así siempre nuestra pureza cuando es íntegra, constante y virginal.

De hecho, en la vida de Felipe vemos siempre que esta virtud es en él una virtud enteramente del corazón, y como un rayo de amor poderoso que lo invade, pero un rayo que estalla y resplandece. El amor de Dios que hace puro el corazón de Felipe también brilla en el cuerpo y hace pura la actitud de toda la

persona, puro el rostro, pura la sonrisa y ante todo la mirada del santo, soberanamente pura cuando centellea a su alrededor. Esta pureza, que procede enteramente del corazón, embellece con una luz suave el semblante ya naturalmente hermoso del santo y le da a menudo ese rubor súbito y casto que es indicio y testimonio del virginal pudor. [...]

La grande y transparente pureza del corazón de Felipe sirve aún mejor para explicar su gran amor a los niños, y el de éstos para con él. La infancia es naturalmente casta y, aunque no se da cuenta de que es casta, ama a los castos. Por otra parte, quien tiene un corazón puro se siente particularmente ligado a los ni-

ños. Entonces, nada más ver a Felipe, los niños corrían hacia él con gran alegría; y Felipe, con purísimo corazón, los abrazaba, los instruía, los amaba, casi como si se encontrara a sí mismo en ellos. Pero ver-

mos que en todos los estadios de su vida, sobre todo después de la ordenación sacerdotal, se hacía niño con los niños, para atraerlos a Dios; y los niños en la frente serena, en los ojos chispeantes, en la palabra suave de Felipe leían inconscientemente la bondad y la gran pureza de aquel

corazón. Se atraían recíprocamente, como el imán y el hierro o como algunas plantas que tienen afinidades y simpatías mutuas. Después de todo, no nos debería sorprender. Al igual que la impureza, que es el más egoísta de todos los vicios y placeres, hace trasparecer el egoísmo en toda la persona y genera aversión, repugnancia y contrariedad, así la pureza, que es un aspecto nuevo de la santa caridad, también trasparece y engendra atracción y amor.



San Felipe Neri, retrato del siglo XVIII -
Complejo de San Firenze, Florencia (Italia)

Saiko (CC by-sa 3.0)

CAPECELATRO, CO, Alfonso.

«La vita di S. Filippo Neri». Napoli:
G. de Angelis e figlio, 1879, t. I, pp. 164-167.

HERALDOS DEL EVANGELIO

Revista Heraldos del Evangelio
Año XXI, número 238, Mayo 2023

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración:
Calle Balbina Valverde, 23
28002 Madrid
R.N.A., N°. 164.671

Impreso en España

Edita:
Salvadme Reina de Fátima
Dep. Legal: M-40.836- 1999
Tel. sede operativa 902 199 044

www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción. El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

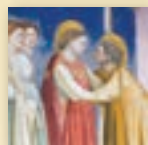
Escriben los lectores 4

El gran retorno (Editorial) 5



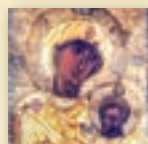
La voz de los Papas –
Hora decisiva de la historia

6



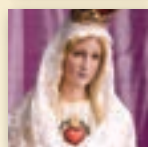
Comentario al Evangelio –
Torrente de gracias mariales

8



La Virgen Iverskaya –
Guardiana y Puerta del Cielo

14



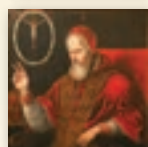
Majestuosa promesa,
¡portadora de paz y de luz!

18



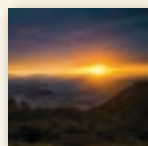
La devoción a la Virgen:
condición esencial para la
Contra-Revolución

22



San Pío V – Un ardiente
defensor de la verdad

26



¿Qué hora es?

30



El signo del amor divino

32



P. Frederick William Faber –
Teólogo mariano y guía
de almas

34



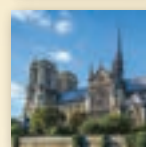
Un peldaño para la
devoción a la Virgen

38



Heraldos en el mundo

40



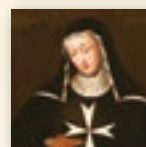
Sucedió en la Iglesia
y en el mundo

44



Historia para niños... –
Ya que no quieres ayuda...

46



Los santos de
cada día

48



Un esplendor vetado a los
pobres mortales

50



Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido
de la revista directamente
desde su teléfono móvil.

Entre en: revistacatolica.es





ESCRIBEN LOS LECTORES

PERSECUCIÓN: LA HISTORIA SE REPITE

Mi enhorabuena a la Hna. Luciana Kawahira por su excelente artículo *La Compañía de Jesús ante las persecuciones —¡Resistencia y reacción!*, publicado en la revista de marzo.

Estando en mi querido y lejano Japón sentí entre los católicos las huellas del jesuita de primera hora: ¡San Francisco Javier! Entre aquellos primeros figuran otros grandes santos: Belarmino, Borja, Pedro Canisio y nuestro valeroso José de Anchieta.

Me sorprendió ver que, mientras en Japón la persecución contra la obra de San Ignacio fue impulsada por el poder civil, en Italia fue llevada a cabo por las autoridades eclesiásticas. Creo que Sixto V fue complaciente con los errores del Renacimiento. Pero el jesuita P. Claudio Aquaviva hizo una hermosa defensa, además de una novena de oraciones, al final de la cual Dios llamó a sí al papa Sixto.

Voy a hacerle una novena al P. Aquaviva por la congregación de los Heraldos del Evangelio, porque «la historia se repite», como dice el proverbio.

¡Sayōnara!

Adriana M. Hirose
Curitiba — Brasil

MUCHAS GRACIAS, MONS. JOÃO

¡Qué texto más perfecto el comentario de Mons. João al episodio de la presentación del Niño Jesús y la purificación de la Virgen María! Profundo, lleno de significado. ¡Cómo me ayudó a darme cuenta de la importancia de este misterio del santo rosario! Gracias, Mons. João, por ese hermoso texto.

Fernanda R. Baptista
Vía revista.arautos.org

ÚLTIMAS PALABRAS LLENAS DE ESPERANZA

El artículo de Humberto Luis Goedert sobre el papa Benedicto XVI —*El primero y el último Papa*— es impresionante y muy revelador de lo mucho que debió sufrir. ¿Llegaría a dudar de las claras y sencillas palabras de Jesús: «No temáis»?

Tres últimas palabras esperanzadoras: «Señor, te amo».

Fernando Martorell
España

«DOÑA LUCILIA ESTÁ CONMIGO»

Cuánto amor entre madre e hijo trasparece en el artículo *Confianza ciega en el apoyo sobrenatural*. ¡Deleita nuestro corazón!

Con relación a Dña. Lucilia... cada vez que estoy afligida, comprendo que no estoy sola, que ella, junto con la Santísima Virgen, está conmigo. ¡Y qué alivio siento en mi corazón! Las lágrimas brotan libremente, con el corazón agradecido al Señor por habernos dado a esta bondadosa madre.

Jordanía Patricia de
Azevedo Jordão
Vía revista.arautos.org

«QUE PERSEVEREN CON FIRMEZA EN LA FE»

Jean Parisot de La Valette, noble francés, me hace recordar al Prof. Plinio Corrêa de Oliveira cuando en [el prólogo de la edición española de] su libro *Nobleza y élites tradicionales análogas*, [recoge] la misión que deben cumplir estas élites de modo ejemplar:

«Que perseveren con firmeza en la fe, en la práctica ejemplar de los mandamientos y en la vida de piedad, alimentada por la asidua frecuencia de los sacramentos, pues sin esos recursos sobrenaturales el apóstol de nuestros días nada conseguirá hacer, como

nada hubieran hecho los apóstoles de antaño».

La Hna. Gabriela Cristina Rodrigues da Silva, autora de este artículo, subraya cómo [los cristianos] no dejaban de implorar la intervención divina, con procesiones, plegarias y fervorosa frecuencia de los sacramentos. De ahí salió toda la fortaleza de este personaje para guiar a su pueblo y defender así la Santa Iglesia Católica.

Fé Colao García
Vía revistacatolica.org

LOS ACTOS CONCUERDAN CON LOS PRINCIPIOS

En la sección «Escriben los lectores», me encantó la carta *Personificación de las profecías de Fátima*.

Me gustaría destacar el gran ejemplo de vida del Prof. Plinio Corrêa de Oliveira, lo que él era y hacía. Sus principios se reflejaban en sus actos, lo que hacía concordaba con lo que decía.

Además, quiero señalar con mucha fuerza la gigantesca obra de Mons. João Scognamiglio Clá Dias, al crear el afianzado movimiento de los Heraldos del Evangelio, que hoy día marca una fuerte presencia en toda América y en muchos otros países del mundo. Destaco su fortaleza en la divulgación de nuestra fe, con gran valentía, e impactando con marciales uniformes y ceremonias, además de su gran carisma para con la juventud.

Eduardo Sahr
Santiago — Chile

SANTA MARÍA EUGENIA DE JESÚS

¡Gracias por compartir la historia de Santa María Eugenia de Jesús, en el artículo *Una mujer fuerte!* He compartido fragmentos de su vida en mi blog. ¡Que muchos más jóvenes de hoy encuentren respuesta a sus preguntas en la brillante verdad de la fe!

Calej
Vía catholicmagazine.news

EL GRAN RETORNO

Según Santo Tomás de Aquino, el Creador plasmó el universo conforme el esquema *exitus-reditus*: las criaturas salieron de las manos de Dios —*exitus*— para retornar a Él —*reditus*. En el Antiguo Testamento, el Señor facilitó este «retorno» a través de la alianza con Israel. Le cabía al pueblo elegido corresponder a este llamamiento —particularmente por medio de la virtud de la religión, anexa a la de la justicia en la retribución de la honra debida a Dios—, donde los hijos de la promesa se valieron de las más variadas formas de salmodias, sacrificios y celebraciones para la alabanza divina.

A lo largo de los tiempos, ha habido lamentablemente bastantes profanaciones de la verdadera adoración a Dios, como el culto a Baal, a Moloc y al becerro de oro, por no hablar del rechazo a los profetas enviados al pueblo y de la muerte de muchos de ellos.

La abominación se elevó hasta la clase sacerdotal. Mencionemos tan sólo el ejemplo de los hijos de Eli, Jofn y Pinjás, los cuales durante el holocausto substraían parte de la carne ofrecida a Dios, además de entregarse a la inmoralidad a la entrada de la Tienda del Encuentro. El Señor prometió la muerte de esos *hijos de Belial* (cf. 1 Sam 2, 12), anunciando: «Suscitaré, luego, un sacerdote fiel, que obre según mi corazón y mi deseo» (1 Sam 2, 35).

Históricamente se suele identificar a este sacerdote con Sadoc, el primero en officiar el culto al Dios verdadero en el Templo de Salomón, pero sólo en Jesús el sacerdocio alcanzó la perfección: «Tal convenía que fuese nuestro sumo sacerdote: santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores y encumbrado sobre el cielo» (Heb 7,26). Nuestro Señor fue constituido «el mediador entre Dios y los hombres» (1 Tim 2,5), cuyos sacramentos participan del «retorno» al Creador, referido arriba.

Como otrora, a lo largo de la historia de la Iglesia pulularon prevaricaciones en cuanto a la debida alabanza a Dios, en gran parte por la promiscuidad con el paganismo. En una ocasión, por ejemplo, San Columbano encontró a bautizados y paganos sacrificando al dios Wotan. Ya el Concilio de Tours, en el 567, tuvo que condenar el culto secreto que algunos rendían a fuentes, árboles y piedras. Y el sacerdocio no salió ileso: el cesaropapismo bizantino del siglo X aceptó bendecir uniones basadas en el crimen o el adulterio. Recordemos también que la primera de las grandes revoluciones —la protestante— tuvo lugar por medio de un sacerdote apóstata: Lutero.

Hoy la Iglesia, como en tiempos de Sadoc y del propio Cristo, también necesita una purificación de la religión y del sacerdocio. Es de destacar que Nuestra Señora en Fátima hubiera pedido oraciones por el clero, cuya infidelidad ya había sido diagnosticada en su aparición en La Salette. Ambos mensajes subrayan la importancia del culto divino.

La Santísima Virgen anhela, además, una «verdadera devoción», no basada en hipocresías e intereses, como lo denunció San Luis María Grignon de Montfort, sino en una auténtica oblación, es decir, en la entrega total en sus manos y en la plena separación del pecado. Mientras el neopaganismo avanza por el mundo —en parte por la inacción de cierta porción del clero, preocupada con «becerros de oro», «carnes», «árboles» y falsas bendiciones—, millones de personas se han consagrado a María por todo el orbe.

En esta coyuntura, adquiere pleno sentido la oración del santo mariano: «Señor Jesús, *memento congregationis tuæ*. Acordaos de dar a vuestra Madre una nueva compañía, para renovar por Ella todas las cosas y para acabar por María Santísima los años de la gracia, como los habéis comenzado por Ella». Éste será, por tanto, el «gran retorno» de la historia. ✧



Imagen peregrina
del Inmaculado
Corazón de María

Foto: Timothy Ring



Hora decisiva de la historia

Al coronar la imagen de la Virgen, habéis firmado el testimonio de una correspondencia filial y constante a su amor. Hicisteis más: os alistasteis como cruzados para la conquista de su Reino, que es el Reino de Dios. Y en esta lucha, no puede haber ni neutros ni indecisos.

«**B**endito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que nos consuela en cualquier tribulación nuestra» (2 Cor 1, 3-4), y con el Señor sea bendita aquella que Él constituyó Madre de misericordia, Reina y Abogada nuestra amorosísima, Medianera de sus gracias, Dispensadora de sus tesoros. [...]

Expresivo símbolo de amor y gratitud

Vuestra presencia hoy en este santuario, en una muchedumbre tan inmensa que nadie puede contar, está atestiguando que la Virgen Santa, la Inmaculada Reina, cuyo Corazón materno y compasivo hizo el prodigio de Fátima, escuchó sobreabundantemente nuestras súplicas.

El amor ardiente y reconocido os ha traído y habéis querido darle una expresión sensible condensándolo y simbolizándolo en esa corona preciosa, fruto de tanta generosidad y tanto sacrificio, con que, de la mano de nuestro cardenal legado, acabamos de coronar la imagen taumaturga. [...]

¿Cómo no agradecersele? O más bien, ¿cómo agradecerlo condignamente? [...] Hoy todos vosotros, todo el pueblo de la Tierra de Santa María, con los pastores de vuestras almas,

con su gobierno, las súplicas ardientes, los sacrificios generosos, las solemnidades eucarísticas, los mil y un homenajes que os ha dictado el amor filial y reconocido, unisteis esa preciosa corona y con ella ceñisteis la frente de Nuestra Señora de Fátima, aquí en este oasis bendito, impregnado de lo sobrenatural, donde más sensiblemente se experimenta su prodigioso patrocinio, donde todos sentís más cerca su Corazón Inmaculado latiendo con inmensa ternura y solicitud materna por vosotros y por el mundo.

Corona preciosa, símbolo expresivo de amor y de gratitud.

Cielos y tierra unidos para glorificar a María

Pero vuestro mismo concurso inmenso, el fervor de vuestras oraciones, el resonar de vuestras aclamaciones, todo el santo entusiasmo que en vosotros vibra incoerciblemente, [...] evocan en nuestro espíritu otras multitudes mucho más innumerables, otras aclamaciones mucho más ardientes, otros triunfos mucho más divinos, otra hora —eternamente solemne— en el día sin ocaso de la eternidad: cuando la Virgen gloriosa, entrando triunfante en la patria celestial fue, a través de las jerarquías bienaventuradas y de los coros angélicos, sublimada hasta el trono de la Trinidad Beatí-

sima, que, ciñéndole la frente con una triple diadema de gloria, la presentó a la corte celestial, sentada a la derecha del Rey inmortal de los siglos y coronada Reina del universo.

Y el Empíreo vio que Ella era realmente digna de recibir el honor, la gloria, el imperio; porque estaba más llena de gracia, era más santa, más hermosa, más deificada, incomparablemente más que los mayores santos y ángeles más sublimes, bien por separado, bien juntos; porque estaba misteriosamente emparentada en el orden de la unión hipostática con toda la Trinidad Beatísima, con aquel que sólo es por esencia la Majestad infinita, Rey de reyes y Señor de señores, cual Hija primogénita del Padre y Madre extremosa del Verbo y Esposa predilecta del Espíritu Santo; porque es Madre del Rey divino, de aquel a quien desde el seno materno le dio el Señor Dios el trono de David y la realeza eterna en la casa de Jacob (cf. Lc 1, 32-33) y quien de sí mismo proclamó que le había sido dado todo el poder en los Cielos y en la tierra (cf. Mt 28, 18): Él, el Hijo Dios, refleja sobre la celestial Madre la gloria, la majestad, el imperio de su realeza; porque estando asociada, como Madre y Ministra, al Rey de los mártires en la obra inefable de la humana Redención, le está siempre asociada,

con un poder casi inmenso, en la distribución de las gracias que de la Redención derivan.

Realeza materna y benéfica, que debe ser reconocida por todos

Jesús es Rey de los siglos eternos por naturaleza y por conquista; por Él, con Él, subordinadamente a Él, María es Reina por gracia, por parentesco divino, por conquista, por singular elección. Y su Reino es vasto como el de su Hijo y Dios, ya que nada está excluido de su dominio.

Por eso la Iglesia la saluda Señora y Reina de los ángeles y de los santos, de los patriarcas y de los profetas, de los apóstoles y de los mártires, de los confesores y de las vírgenes; por eso la aclama Reina de los Cielos y de la tierra, gloriosa, dignísima Reina del universo —*Regina caelorum, gloriosa Regina mundi, Regina mundi dignísima*— y nos enseña a invocarla de día y de noche entre los gemidos y las lágrimas de los que este exilio es fecundo: Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra.

Porque su realeza es esencialmente materna, exclusivamente benéfica. ¿Y no es precisamente esta realeza la que habéis experimentado? ¿No son los infinitos beneficios, las innumerables caricias con las que os ha mimado el Corazón materno de la augusta Reina, lo que hoy proclamáis y agradecéis? [...]

Corona de lealtad y de esperanza, de vasallaje y de fe

La coronáis Reina de la paz y del mundo, para que le ayude a encontrar la paz y a resurgir de entre sus ruinas.

Y así esa corona, símbolo de amor y gratitud por el pasado, de fe y de vasallaje en el presente, se convierte también, para el futuro, en corona de fidelidad y de esperanza.

Al coronar la imagen de la Virgen, habéis firmado, con el testimonio de fe en su realeza, el de una sumisión a su autoridad, de una correspondencia filial y constante a su amor. Hicisteis aún más: os alistasteis como cruzados para la conquista o reconquista de su Reino, que es el Reino de Dios. Es decir: os obligasteis a trabajar para que Ella sea amada, venerada, servida en

vuestro entorno, en la familia, en la sociedad, en el mundo.

Y en esta hora decisiva de la historia, como el reino del mal con infernal estrategia se vale de todos los medios y emplea todas las fuerzas para destruir la fe, la moral, el Reino de Dios, del mismo modo los hijos de la luz e hijos de Dios tienen que emplearlo todo y emplearse todos para defenderlo, si no se quiere ver una ruina inmensamente mayor y más desastrosa que todas las ruinas materiales acumuladas por la guerra.

En esta lucha, no puede haber ni neutros ni indecisos. Es necesario un catolicismo iluminado, convencido, intrépido, de fe y de mandamiento, de sentimientos y de obras, en lo privado y en lo público. El lema que hace cuatro años proclamaba en Fátima la briosa juventud católica: «¡Católicos cien por cien!». ♦

Fragmentos de: PÍO XII.
Radiomensaje con ocasión de la solemne coronación de la Virgen de Fátima, 13/5/1946:
AAS 38 (1946) 264-267.



João Paulo Rodrigues Chaves

Los hijos de la luz tienen que comprometerse por entero para que María Santísima sea amada, venerada y servida en la familia, en la sociedad y en el mundo

Misa solemne en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil)



La Visitación de la Virgen María a Santa Isabel, de Giotto di Bondone - Capilla de los Scrovegni, Padua (Italia)

Gustavo Kreijl

EVANGELIO

En aquellos mismos días, ³⁹ María se levantó y se puso en camino de prisa hacia la montaña, a una ciudad de Judá; ⁴⁰ entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel.

⁴¹ Aconteció que, en cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel de Espíritu Santo ⁴² y, levantando la voz, exclamó: «¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre!

⁴³ ¿Quién soy yo para que me visite la Madre de mi Señor?

⁴⁴ Pues, en cuanto tu saludo

llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. ⁴⁵ Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá».

⁴⁶ María dijo: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, ⁴⁷ se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; ⁴⁸ porque ha mirado la humildad de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, ⁴⁹ porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mí: su nombre es santo, ⁵⁰ y su misericordia llega a sus fieles de generación en genera-

ción. ⁵¹ Él hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, ⁵² derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, ⁵³ a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despiende vacíos. ⁵⁴ Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia ⁵⁵ —como lo había prometido a nuestros padres— en favor de Abraham y su descendencia por siempre».

⁵⁶ María se quedó con ella unos tres meses y volvió a su casa (Lc 1, 39-56).

Torrente de gracias mariales

En el misterio de la Visitación contemplamos el primer anuncio de la Mediación universal de María Santísima, por la cual su divino Hijo renovará próximamente la faz de la tierra, con un incendio de gracia y de misericordia.



✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I – LA SINFONÍA DE LA SERVIDUMBRE

En un mundo donde se predica el igualitarismo más radical como remedio para las desavenencias sociales, el Evangelio de hoy corre el riesgo de no ser comprendido. En efecto, por medio de la pluma de San Lucas el Espíritu Santo ejecuta en estos versículos la más bella sinfonía de alabanza de la servidumbre. Teniendo a Dios mismo como director, la «orquesta» cuenta con «virtuosos» de la más alta categoría, desde el Niño Jesús, aún oculto en las virginales entrañas de María, hasta San Juan Bautista, que salta de gozo en el vientre materno. En esta hermosa composición, todos cantan el canto de la humildad y buscan tratar a los demás como siendo superiores a ellos mismos.

Servidumbre es una palabra proscrita del diccionario de la seudocultura igualitaria, pero tiene un altísimo valor en la religión católica. Cabe recordar que Jesús se hizo siervo para salvarnos, llegando al extremo de la humillación (cf. Flp 2, 7-8); la Virgen se declaró con ufanía la esclava de Dios, como contemplaremos en este artículo; y San Pablo exhortó a los cristianos a ser esclavos los unos de los otros por amor (cf. Gál 5, 13). Así, la Iglesia propone la servidumbre como ideal a alcanzar por todos, ya que es de la verdadera solución a los problemas del mundo.

El igualitarismo, tal y como lo concibieron los sanguinarios jacobinos, es un lenitivo ilusorio contra el mal de la envidia. En una sociedad nivelada a hierro y fuego por los promotores de la «libertad», los orgullosos son instados a hundirse en la masa anónima de los «iguales» con la falaz promesa de no verse cubiertos por la sombra de

un superior. Pero ¿cómo contener el vehemente anhelo de la soberbia humana de imponerse y someter a los demás? En realidad, ningún igualitario está satisfecho con la uniformidad que su pretendido ideal propugna. He aquí descrito, en síntesis, el círculo vicioso inaugurado por la utopía revolucionaria, que lleva a los hombres a una angustiante frustración, porque siempre existirá una jerarquía social, por el orden natural de las cosas.

En el extremo opuesto, la sumisión católica —de la que tenemos un brillante ejemplo en el Evangelio de esta fiesta— sabe admirar las cualidades de los demás, respetar a las autoridades, alegrarse con la superioridad de los otros, venerar a los que destacan por sus virtudes y adorar a Dios con todas las fuerzas del alma. Es la más bella predisposición al amor verdadero, que consiste en estar fuera de uno mismo, contemplando la bondad ajena. A primera vista, se diría que la sumisión es una actitud negativa; sin embargo, tiene un poder inusitado para elevar a quien la cultiva, pues «el que se humilla será enaltecido» (Mt 23, 12).

Si consideramos que Nuestra Señora, portadora del Verbo de Dios y Reina del universo, decide ir a toda prisa a asistir a su prima, inferior a Ella en el orden de la gracia, nuestro espíritu se maravilla y se llena de estupor. La Madre de Dios sirve a la madre del Precursor. Es un gesto diametralmente opuesto al espíritu del mundo. Los más nobles, sin renunciar a su propia dignidad, acuden con presteza a auxiliar a los inferiores, quienes, al percibir tal torrente de bondad, reaccionan con un arraigado agradecimiento, que en labios de

*Portadora
del Verbo de
Dios y Reina
del universo,
María decide
ir a toda prisa
a asistir a
su prima,
inferior a Ella
en el orden
de la gracia*

Sólo la criatura más humilde y modesta podría ser el puente de oro a través del cual el Señor de los ejércitos hará pasar sus mejores dones para enriquecer a los hombres

Isabel se transforma en un sublime himno de glorificación de la Virgen y de su divino Hijo.

En el episodio de la Visitación se aprecia el patrón de las relaciones humanas que marcará la era histórica profetizada en Fátima, el Reino de María. Mirando a aquellos que hubieren cruzado incólumes el crisol de la purificación que se acerca, la gente exclamará: «¡Ved cómo son esclavos los unos de los otros!». Sí, el deseo de servir será la nota tónica de los siglos venideros, marcados por el espíritu de la Inmaculada.

II – EL PRIMER FULGOR DE LA MEDIACIÓN DE MARÍA

El Evangelio de la infancia narrado por San Lucas transmite con encantadores destellos verdades sublimes de nuestra fe, algunas de ellas declaradas ya por el supremo magisterio de la Iglesia de forma solemne, como la Maternidad divina de María, otras, según nos es lícito desear, a la espera de serlo. En concreto, la Visitación de la Virgen a Santa Isabel pone de relieve su papel en la Iglesia como Medianera universal de todas las gracias, en unión con Cristo. Se trata de una misión nobilísima, que a lo largo de los siglos se ha hecho más explícita en el ámbito teológico, y en los últimos tiempos vendrá a manifestarse con todo su esplendor en la realidad de los hechos.

La unión de gracias y designios entre Madre e Hijo es tal que Dios no quiso contar con Ella sólo para engendrar el adorable cuerpo de Jesús, sino que la asoció a su obra redentora de manera íntima, inseparable y sublime. Como atestigua la teología más segura, Nuestra Señora fue Corredentora con el Redentor, como Nueva Eva junto al Nuevo Adán. Y habiendo comprado con Él las gracias que curan y elevan al hombre caído, también con Él las reparte con maternal largueza.

Jesús actúa en las almas de forma grandiosa, pero lo hace por medio de María, de su voz, de su presencia y de sus gestos. Y así la distribución de las dádivas divinas alcanza su cenit, produciendo prodigios de santificación, como sucedió en los corazones de San Juan Bautista y de Santa Isabel durante la Visitación. En la medida que se explicita a los ojos de los fieles el alcance de la misión sobrenatural que la Santísima Virgen debe ejercer en el mundo, tanto más crecerá la afluencia de gracias, inaugurando una verdadera primavera sobrenatural en todo el orbe, hoy desolado por el pecado de apostasía.

Meditar piadosamente el misterio de la Visitación nos ayudará a tener una idea aproximada de lo que será esta nueva fase histórica, bañada en las aguas purísimas de las gracias mariales, capaces de elevar a la humanidad a una estrechísima unión con Dios, nuestro Señor, y transformar la tierra en un reflejo del Cielo. Sólo la criatura más humilde y sin pretensiones alguna podría ser el puente de oro a través del cual el Señor de los ejércitos hará pasar sus mejores dones, para enriquecer a los hombres y transfigurarlos bajo los rayos del más puro esplendor.

«El que quiera ser primero, que sea esclavo de todos»

En aquellos mismos días, ³⁹ María se levantó y se puso en camino de prisa hacia la montaña, a una ciudad de Judá.

La Virgen es el modelo de docilidad a las inspiraciones del Espíritu Santo, su Esposo místico. Podemos imaginar cómo Ella, consciente de ser la Madre de Dios, se habría sentido inclinada a permanecer recogida para dispensarle sus mejores cuidados al *Nasciturus*, no exponiéndolo a ningún riesgo, así como a aprovechar la celestial convivencia con el Verbo Encarnado que le había dedicado a Ella, íntegramente, los benditos nueve meses de gestación. Sin embargo, conociendo que la voluntad divina era otra, María viaja apresuradamente.

Esta prontitud de Nuestra Señora, sin ninguna sombra de agitación, demuestra su perfecta esclavitud. Le había declarado al arcángel Gabriel que era la sierva del Señor (cf. Lc 1,38) y he aquí que, al más mínimo gesto de su voluntad, se mueve con toda diligencia, plenamente sumisa a las determinaciones de lo alto. No podía ser diferente, pues seguía el ejemplo del Hijo que llevaba en su claustro virginal, el cual había bajado del Cielo para depender íntegramente de Ella, convirtiéndose en el primer esclavo de María.

La voz de María es portadora de gracias eficaces

⁴⁰ Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. ⁴¹ Aconteció que, en cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel de Espíritu Santo...

Si hiciera falta una prueba de que el viaje emprendido por María estuvo movido por la

obediencia, la tenemos en el fruto espiritual de extraordinarias proporciones que Ella obtiene a favor de su prima y de San Juan Bautista. La voz de la Santísima Virgen es portadora de un torrente de gracias eficaces, que producen efectos aún más sorprendentes y magníficos, en cierto modo, que los de Pentecostés.

De hecho, bien se puede afirmar que el episodio de la Visitación fue el primer Pentecostés de la historia, un Pentecostés marial cuyo esplendor presagia nuevas efusiones del Espíritu Santo, de proporciones inimaginables, por medio de su Esposa mística. El saludo de Nuestra Señora —una simple palabra suya!— dicho en tono suave, discreto y puro, fue el acueducto bendito que inundó el alma de Isabel con la plenitud de la unión con Dios. Esto nos lleva a creer que bastaría que la Reina del Cielo nos llamara por nuestro nombre para que fuéramos colmados de la presencia del divino Paráclito. ¿Por qué no pedir tal favor?

En esta ocasión se ve con claridad que la Virgen es la eminentísima Medianera de la gracia, a través de la cual el Consolador visita a las almas y las purifica en las castísimas llamas de su amor.



Reproducción

Pentecostés, «Grandes Horas de Ana de Bretaña» - Biblioteca Nacional de Francia, París

Los frutos maravillosos del Espíritu Santo

⁴² ...y, levantando la voz, exclamó: «¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ⁴³ ¿Quién soy yo para que me visite la Madre de mi Señor? ⁴⁴ Pues, en cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. ⁴⁵ Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá».

Santa Isabel exulta en Dios y bendice a su prima con inspiradas palabras, repetidas cientos de veces, cada día, por los devotos del santo rosario. El Espíritu Santo la instruyó de modo perfectísimo acerca de la Maternidad divina, pues declara que el fruto de las entrañas virginales de María es su Señor, es decir, Dios. Esta verdad de fe que los fariseos negarían incluso al presenciar milagros portentosos, una anciana de una aldea de Judea la confiesa con claridad, elevación y sencillez cristalinas.

Su alabanza se refiere, además, al hecho de que María fue dócil y confiada al escuchar el anuncio del ángel, adhiriendo con firmeza a sus palabras: «Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá». Por lo tanto, en un solo instante tomó conocimiento de la divinidad del Niño que la Santísima Virgen llevaba en su vientre, así como de la revelación que le había sido hecha. No hay mejor enseñanza o catequesis que la acción directa de la gracia: cuando Dios quiere, instruye los corazones con la rapidez, la fuerza y el esplendor de un majestuoso rayo.

Isabel proclama con vigor todas estas verdades, alzando la voz, como fruto de la acción del Espíritu Santo que purifica al Precursor del pecado y lo colma de gracias incluso antes de nacer: «En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre». Se trata de una fuerza santificadora inédita en la historia, superada únicamente por la concepción inmaculada de Nuestra Señora. Sin haber visto todavía la luz del día, el Sol de Justicia, oculto entre las paredes virginales del claustro de María, rayó para San Juan Bautista.

La exultante modestia de María

⁴⁶ María dijo: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, ⁴⁷ se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;...»

La reacción de Nuestra Señora ante tales elogios consiste en mirar al Cielo y glorificar a Dios.

La Visitación puede ser vista como un Pentecostés marial, cuyo resplandor hace presagiar nuevas efusiones del Espíritu Santo, por medio de su Esposa mística

*Las gracias
dispensadas
por la «Virgo
Potens»
elevarán a
los humildes
y rebajarán a
los orgullosos,
con vistas a
acrisolar y
expurgar la
Santa Iglesia*

El magníficat puede ser considerado el canto de la exultante modestia de María: no es Ella el centro, sino el Altísimo, y por eso su alma, humilde en extremo, «proclama la grandeza del Señor» dirigiendo su atención sólo en Él.

⁴⁸ «...porque ha mirado la humildad de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, ⁴⁹ porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mí: su nombre es santo, ⁵⁰ y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación».

El espíritu de María Santísima, de belleza regia y sencilla, se asemeja a un arco gótico en cuya punta se tocan virtudes aparentemente opuestas: la grandeza y la humildad. Es modesta porque considera al Señor la única fuente de sus dones y virtudes, situándose en la categoría de pobre sierva; sin embargo, no duda en profetizar: «Desde ahora me felicitarán todas las generaciones». Pocos vaticinios se han cumplido al pie de la letra como éste, a pesar de que muchos adversarios de la Madre de Dios han tratado de empañar su figura a lo largo de los siglos. La Virgen será aclamada por la Iglesia de todos los tiempos, sin cesar, haciendo explícita la gloria con la que el Todopoderoso la adornó.

Himno guerrero por excelencia

⁵¹ «Él hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, ⁵² derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, ⁵³ a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos».

En el Corazón Inmaculado de María residen, quintaesenciadas, todas las virtudes guerreras que adornan a las mujeres más valientes de la historia, desde Judit hasta Santa Juana de Arco. Por eso Ella se regocija con la inminente victoria del bien sobre la tiranía del mal.

En efecto, las élites del pueblo elegido se encontraban dominadas, en su inmensa mayoría, por falsos hijos de Abrahán, que actuaban como maliciosos infiltrados ávidos de tergiversar la Revelación movidos por viles intereses egoístas. Estos soberbios, a los cuales María les tenía especial execración, finalmente serían dispersados,

derribados de los tronos que ocupaban como impostores y despedidos con las manos vacías. Los humildes, por su parte, que se lo retribuían todo a Dios, serían elevados a los cargos de autoridad y colmados de bienes, a fin de restablecer el verdadero culto al Señor y purificar con el fuego de la verdad los muros del santuario profanado.

En este sentido, las gracias dispensadas por la *Virgo Potens* elevarán a los humildes y rebajarán a los orgullosos, sin que los infiernos puedan hacer nada. Serán de una enorme eficacia con vistas a acrisolar y expurgar la Santa Iglesia, hoy víctima de la mayor traición de la historia.

La fidelidad de Dios

⁵⁴ «Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia ⁵⁵ —como lo había prometido a nuestros padres— en favor de Abrahán y su descendencia por siempre».

La Santísima Virgen es la Reina de los profetas, y nadie brilla como Ella en cuanto testigo de la fidelidad de Dios, que siempre cumple sus promesas. Por eso exclama llena de júbilo que el Señor de los ejércitos se acordó de su misericordia socorriendo al pueblo elegido, como se lo había prometido a Abrahán y su descendencia.

Y así como nuestra Madre amantísima atestiguó el cumplimiento de los antiguos vaticinios, también nosotros, sus hijos y esclavos, debemos vivir de la certeza de poder proclamar algún día el triunfo de su Corazón Inmaculado, como Ella misma, la Virgen fiel, lo anunció en Fátima y ratificó en otras ocasiones.

Una larga convivencia descrita en pocas palabras

⁵⁶ María se quedó con ella unos tres meses y volvió a su casa.

En una corta frase, el evangelista sintetiza la sacral y diáfana convivencia de tres meses. ¿Cuántas maravillas no habrá obrado en ese tiempo aquella que con un saludo inundó del Espíritu Santo a sus interlocutores? ¿Cómo imaginar la alegría con que la Reina de los ángeles se dedicó a las tareas humildes de la casa, elevando al mismo

tiempo a las más altas cumbres de la contemplación las almas de los que con Ella convivían?

Lo cierto es que el hogar de Zacarías fue bendecido de forma arquetípica, a fin de simbolizar la futura santificación de la Iglesia por medio de Nuestra Señora, cuando todos sus miembros, desde las más altas jerarquías hasta los simples fieles, abran las puertas de su alma a Ella con las mismas disposiciones de Santa Isabel y San Juan Bautista.

III – PRENUNCIO DE LA ERA MARIAL

En Fátima, Nuestra Señora anunció su triunfo, así como la determinación de su divino Hijo de instaurar en el mundo la devoción a su Inmaculado Corazón. Estos dos elementos son de capital importancia para iluminar con un rayo de luz venido del Cielo las tinieblas caóticas de la sociedad actual.

Hemos visto que Santa Isabel elogió a la Santísima Virgen como aquella que dio crédito a las palabras que le fueron anunciadas. Gracias a esta fe, el plan de Dios se realizó y las promesas hechas a los patriarcas y los profetas se cumplieron admirablemente, superando toda previsión: el propio Dios increado y eterno entró en el tiempo, descendiendo a la tierra como hombre verdadero, para traernos la salvación. Pero la fe audaz y fuerte de María irá más allá, como Ella misma lo ha anunciado.

Entre los tesoros más valiosos dejados por la Sabiduría Encarnada se encuentra sin duda la oración del padrenuestro. De una sublime sencillez en su forma, su contenido es de una nobleza divina. En cada misa, después de la liturgia eucarística, la Santa Iglesia la recita y en ella clama a la primera Persona de la Santísima Trinidad: «Venga a nosotros tu Reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el Cielo». Además de suplicar la venida del Reino, esta oración de algún modo también lo profetiza, por el simple hecho de haber sido rezada por Jesucristo y por la Iglesia en unión con Él, pues su intercesión ante el Padre es infalible. Queda por ver cuándo sucederá esto.

En los tiempos áureos de la cristiandad medieval, el

reinado de Dios en cierto modo se estableció en el mundo, pero justo cuando este árbol magnífico iba a dar sus mejores frutos, la serpiente venenosa de la Revolución se enroscó en él, causándole una calamitosa esterilidad. Los acontecimientos sucesivos fueron la crónica de la paulatina extinción de esa magnífica civilización, otrora animada por las máximas del Santo Evangelio. Es una historia tristemente truncada, que precipitó a la humanidad en un horrible abismo. Desde entonces hasta nuestros días, si bien que innumerables y gloriosos santos han aparecido como bellos astros en el firmamento de la Iglesia, la sociedad en general se ha cerrado progresivamente a la acción de la gracia divina.

Sin embargo, las profecías de Cova da Iria nos ofrecen una idea bastante clara sobre el tiempo de la realización más perfecta del Reino de Dios entre los hombres. En efecto, la Virgen les vaticinó a los pastorcitos el estallido de la Segunda Guerra Mundial, la propagación de los errores marxistas por el mundo, la aniquilación de varias naciones y, finalmente, el triunfo de su Inmaculado Corazón.

De esta manera, todo indica que está cerca el advenimiento del Reino de María, período histórico que, en medio de las luchas y dificultades inherentes a este valle de lágrimas, conducirá a los hombres a un auge de santidad difícil de imaginar. La profecía infalible contenida en el padrenuestro se hará realidad por mediación de Nuestra Señora, por quien el Altísimo decidió llevar a efecto sus más altos designios.

A la luz del Evangelio de la Visitación, podemos vislumbrar la nota marial de las gracias que transformarán los corazones, incluso los más empedernidos, de forma a hacerlos extremadamente luminosos. Por María, con María y en María, Jesucristo realizará maravillas sobre el orbe, incendiando las almas con el fuego del Espíritu Santo. De este modo, será renovada la faz de la tierra por completo, haciendo de ella un espejo del Cielo. Eleve-mos los corazones a esta esperanza y vivamos en la alegría de la certeza de la victoria de Dios. ✧

*La profecía
contenida en el
padrenuestro se
hará realidad
por mediación
de la Virgen,
por quien
el Altísimo
llevará a cabo
sus más altos
designios*



Lucio Rodrigues

Nuestra Señora de las Gracias -
Mairiporá (Brasil)

Guardiana y Puerta del Cielo

Un icono que suscitó tanto odio sólo puede tener un hermoso significado y guardar una grandiosa misión. ¿Qué tendrá que decirles a los católicos hoy?



✠ Hna. Diana Milena Devia Burbano, EP

Nicea, siglo IX. La persecución contra la verdad se vuelve extrema. En manos de una viuda está el destino de un precioso icono.

Sólo hay dos opciones: o bien permitir que los enemigos se apoderen de la sagrada pintura para profanarla, o bien arrojarla al mar. ¡Cualquiera de las dos decisiones se presenta absurda! No obstante, confiando en que sería mejor caer en manos de Dios que en las de los hombres, la pobre mujer elige la última alternativa...

Víctima de la iconoclasia

En tiempos de esta piadosa viuda, la segunda ola de la herejía iconoclasta se había establecido en el Imperio bizantino y desencadenado una furiosa persecución contra aquellos que guardaban la fe. Los herejes promovieron, sobre todo, la destrucción violenta de todos los iconos, imágenes y esculturas venerados por los cristianos.

Entre los iconos existentes entonces en la ciudad de Nicea había uno reverenciado por la tradición como siendo de autoría del evangelista San Lucas. Pertenece a la familia de pinturas denominadas *Odighitria* —que en griego significa «la que muestra el camino»—, las cuales representan a María apuntando con su mano derecha al

Niño Jesús, mientras lo sostiene en su brazo izquierdo.

De alto contenido teológico, estos iconos revelan en sus detalles pro-



La Virgen Iverskaya - Monasterio de Iviron, monte Atos (Grecia)

Entre los iconos existentes entonces en la ciudad de Nicea, había uno venerado por la tradición como obra del evangelista San Lucas

fundas verdades de fe: en general, la Madre del Salvador está revestida de púrpura, signo de su realeza, y el divino Infante lleva una túnica blanca, que representa, ora la gloria de la pureza, ora la luminosidad de la Transfiguración, y está envuelto en un manto naranja, símbolo de la verdad y del fuego del Espíritu Santo.

Sin embargo, estas hermosas simbologías no significaban nada para los duros corazones que por voluntad propia se habían entregado al error. Hubo un soldado imperial que osó apuñalar el sagrado icono, ¡en el rostro de la Santísima Virgen! Reza la tradición que de la hendidura abierta enseguida brotó abundante sangre...

Por esta razón aquella fervorosa viuda —cuyo nombre ni la tradición ha conservado siquiera— cogió el icono a escondidas y decidió arrojarlo al mar. Años más tarde, su hijo ingresaría en el monasterio de Iviron, situado en el monte Atos, en Grecia, y les contaría a sus hermanos de vocación el milagro que ocurrió con la imagen en los días de la persecución y el final que tuvo entre las olas del mar.

Madre de Dios y «Portaitissa»

Los designios de Dios son insondables para los hombres y casi siempre misteriosos. Sin duda, la mujer que salvó el icono no podría haber imagi-

nado que un día sería milagrosamente encontrado por uno de los monjes del monte Atos. El afortunado se llamaba Gabriel. Tan pronto como descubrió el delicado tesoro lo llevó a la capilla del monasterio para que pudiera ser venerado y protegido de futuros ataques.

Grande fue la alegría de la comunidad al conocer la noticia y grande también la estupefacción cuando al día siguiente comprobaron que el icono había desaparecido... En vano lo buscaron, angustiados; y cuando ya pensaban que se trataba de una clara señal del rechazo de la Madre de Dios, unos gritos de júbilo indicaban su paradero: ¡la Virgen se había trasladado a las puertas del monasterio!

Sorprendidos y contentos, lo llevaron nuevamente a la capilla; pero habiéndose repetido el hecho, el monje Gabriel recibió una visión en la cual la Santísima Virgen le revelaba su anhelo: no sólo quería ser custodiada por los religiosos, sino que deseaba convertirse en su guardiana. Por eso empezaron a llamarla Portaitissa, que en griego significa *guardiana* y *portera*. Posteriormente también pasó a ser conocida por el nombre del monasterio: Nuestra Señora de Iviron, o Iverskaya, que en ruso quiere decir *Guardiana de Iviron*.

Como corresponde a quien custodiaba una puerta el estar siempre listo

para recibir a los visitantes, vigilar contra los peligros y ser generoso con los necesitados, así numerosos milagros y favores sobrenaturales comenzaron a ser derramados en el monte Atos por la intercesión de la Iverskaya. Allí muchos fieles reconocieron que la Santísima Virgen había sido constituida por su divino Hijo como única Puerta de la salvación y Guardiana del Reino de los Cielos, y comprendieron que a María se aplican las bellas palabras del salmista: «Ésta es la puerta del Señor: los vencedores entrarán por ella» (Sal 117, 20).

Sin embargo, no contenta únicamente con proteger a las buenas ovejas que el Altísimo le había confiado en Grecia, esta sublime Portera partiría hacia tierras más lejanas, en busca de nuevos devotos...

La imagen milagrosa se hizo conocida con el nombre del monasterio, y más tarde como Iverskaya, que significa Guardiana de Iviron

De Grecia al Kremlin: la continuidad de una misión

Mucho se ha escrito y discutido sobre la aparición de este icono en Rusia a mediados del siglo XVII. Se cuenta que los monjes del monte Atos iniciaron la reproducción de una copia de la sagrada pintura para enviarla a Rusia; aunque no se sabe con certeza por qué motivo o a petición de quién fue hecho eso.

Unos dicen que la primera copia fue encargada por el archimandrita Nikon, que tenía mucha simpatía por el pueblo griego y por los monjes, y había oído hablar del milagro ocurrido con el icono. Según la tradición, para la elaboración de la réplica los religiosos de Iviron bañaron en agua bendita el original y con ella prepararon las pinturas que utilizarían. De esta manera, pretendían conferirle al duplicado algo de la bendición que poseía el cuadro primitivo.

Más tarde, enviaron una segunda copia de la imagen a tierras rusas. Los monjes que la transportaban afrontaron con valentía las dificultades del camino hasta que, carentes de recursos económicos para cruzar el Danubio, se vieron obligados a emprender el camino de vuelta hacia el monasterio... Aquella misma noche, no obstante, tuvieron en sueños una visión de la Santísima Virgen, quien les prometió que les enviaría lo necesario para llevar a



«Monasterio de Iviron», de Karl Girardet

Reproducción



Reproducción

La Puerta y Capilla Ibérica a principios del siglo XIX - Moscú

cabo la travesía. Cuando se despertaron se dirigieron a la orilla del río, esperando la ayuda prometida. Ésta vino, de hecho, por medio de cierto rico comerciante que generosamente les dio cuanto precisaban.

Con el tiempo, la devoción al icono de la Portaitissa de Ivron se extendió por toda Rusia. La Puerta y Capilla Ibérica, situadas en las murallas del Kremlin, en Moscú, fueron construidas en 1669 para custodiar allí el icono. Como se trataba de la entrada principal de la plaza Roja, todos, desde el zar hasta el más humilde campesino, tradicionalmente se detenían ahí para venerar a la Santísima Virgen antes de continuar su camino. Muchos monasterios, palacios y residencias la tomaron como protectora y comenzaron a ostentar su imagen en el umbral.

Esta devoción se transmitiría poco a poco a otros países. Hubo más de un caso en el que la imagen destiló mirra, tal vez como símbolo de la fortaleza comunicada por Nuestra Señora a sus hijos para que acepten bien los sufrimientos.

Iverskaya y Fátima

Mientras, la historia del sagrado icono cuenta con otro detalle sorprendente y profético.

Corría el año de 1917. Entretanto la Primera Guerra Mundial sacudía los

Una réplica del icono fue llevada a Rusia y era venerada por todos en la Capilla Ibérica, hasta que estalló la Revolución de 1917

territorios europeos con sus horrores, Rusia era escenario de una profunda revolución político-social. Los violentos levantamientos que asolaban la capital del imperio Romanov alcanzaron un clímax de caos y destrucción, y el 13 de mayo manifestantes armados destruyeron por completo la Puerta y Capilla Ibérica, donde descansaba el icono de Nuestra Señora Iverskaya, el cual fue fusilado sin piedad.

Nuevamente perseguida y nuevamente profanada, la Virgen Iverskaya derramó copiosas lágrimas... Ahora bien, a la vez que eso sucedía, aquel mismo día María Santísima se aparecía en Fátima a tres pastorcitos, trayéndole a la humanidad una severa advertencia y, a las almas piadosas, una promesa de victoria.

Profanada en tierras rusas por odio a la religión y venerada por multitu-

des en Fátima, la Virgen es la misma Guardiania y Portera del rebaño fiel, la voz que revela los misteriosos designios de Dios. Está siempre dispuesta a enseñar la verdad y a recriminar el error; se manifiesta como Madre misericordiosa para los que se arrepienten y Jueza implacable contra la maldad empedernida.

Y nosotros, ¿por qué puerta entraremos?

También a nuestros corazones María nos hace hoy un maternal llamamiento a la conversión. En efecto, no se nos ofrece un tercer camino: o nos comprometemos a participar del triunfo de su Inmaculado Corazón, por la puerta de la misericordia, o seremos inexorablemente atrapados por los grandes castigos profetizados en Fátima, por la puerta de la justicia.

Como verdaderas ovejas del Señor, estemos atentos a su voz y tratemos de entrar, a través de nuestra Portaitissa, en las vías de la virtud, rechazando «la voz de los extraños» (Jn 10, 5). Amemos de todo corazón a nuestra divina Guardiania para que cuando el Juez esté a las puertas del Reino no le oigamos decir la terrible sentencia que merecerán quienes la despreciaron en esta tierra: «En verdad os digo que no os conozco» (Mt 25, 12). ✧

Un signo de esperanza del Reino de María



Reproducción

Réplica rusa de la imagen Iverskaya -
Torrejón de Ardoz (España)

Una de las más importantes colecciones de iconos —pinturas religiosas típicas de Oriente— existentes en Europa, y quizá en el mundo, se encuentra en la pequeña localidad de Torrejón de Ardoz, no muy lejos de Madrid. Allí, en la antigua granja del colegio jesuítico de San Isidro, es donde el noble Sergio Oztzoup instaló su Museo de Iconos. [...]

Si recorremos las instalaciones de la Casa Grande y entramos en el Museo de Iconos, hay una pintura de la Madre de Dios que llama especialmente la atención: la Virgen Iverskaya o Virgen Ibérica.

En ella, la Madre de Dios es representada con el Niño Jesús en su brazo izquierdo, con la majestad de quien se sienta en su trono natural. Es en María donde Jesús encuentra sus complacencias. La Virgen, al mismo tiempo que sostiene con sumo cuidado y protección al Niño Dios, con el brazo derecho le indica al fiel que Él es el modelo de todas las perfecciones y el Juez supremo de todas las causas. Como Medianera universal de todas las gracias que es, su tierna mirada se dirige a cada devoto que se presenta a sus pies, invocando su intercesión y confiando en su amparo.

La armonía, la dulzura que se desprenden de la pintura —toda hecha de colores, en donde predominan el rojo y el dorado, pero suaves y matizados— son contradichas violentamente al observar en ella algunos agujeros provocados por balas de fusil. Se perciben marcas clarísimas de fusilamiento,

tanto en el rostro de la Madre como en el del Hijo.

Este hecho insólito encuentra su explicación en un pasado aún reciente. ¿La fecha? El 13 de mayo de 1917.

Sí. Mientras en Fátima Nuestra Señora se aparecía por primera vez, iniciando una serie de manifestaciones en las que profetizaba la expansión de los errores de Rusia por el mundo entero, como azote por los pecados del género humano, y prometía el triunfo final de su Corazón Inmaculado, en Moscú esa profanación era cometida durante los disturbios que precedieron a la Revolución bolchevique.

Infelizmente, como es bien sabido, con el cisma de Oriente, pequeño fue el número de fieles que en el imperio de los zares continuaron manteniendo su fidelidad al trono de San Pedro. [...] Todo indica que ese culto a Nuestra Señora es anterior a la ruptura de aquella nación con Roma, teniendo incluso, quién sabe, un significado auspicioso para la conversión de Rusia, anunciada en el mensaje de Fátima.

Dentro del cisma, la Virgen Santísima continuó siendo venerada —si bien que fuera de la verdadera Iglesia de Cristo— en muchos santuarios, y por medio de varios iconos esparcidos por todo aquel vasto territorio. Entre ellos, destacaba el de la Virgen Ibérica, que es la patrona de Moscú, y cuyo nombre tiene su origen en la Iberia, región del sur de Rusia, en la zona del Cáucaso. Esta pintura de María se exhibía en una pequeña capilla en la entrada del Kremlin. [...]

Depuesto el zar, durante la efímera regencia del príncipe Lvov, bajo el gobierno de Kerensky, la capilla de tal forma fue destruida aquel 13 de mayo del año de la revolución comunista que de ella no quedó piedra sobre piedra. El icono de la Virgen Iverskaya fue fusilado, y consta que lloró al ser profanado. Considerada perdida durante los meses que precedieron a la Revolución bolchevique, la pintura de la Madre de Dios pudo ser conservada junto con otros muchos iconos, gracias a Sergio Oztzoup, que en diciembre de 1918 logró sacarlos de Rusia.

Hoy, expuesta en el Museo de Iconos de la Casa Grande, la Virgen Iverskaya —profanada por odio a la religión— permanece como un signo de esperanza, sobre todo para Rusia y también para el mundo, de la nueva era prometida por Nuestra Señora en Fátima, y profetizada por San Luis María Grignion de Montfort —el extraordinario misionero francés del siglo XVII— como el Reino de María. ✧

CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio.

«Virgem Iverskaya, esperança de conversão da Rússia». In: *Catolicismo*. Campos dos Goytacazes. Año XXXVI. N.º 425 (mayo, 1986); p. 20.

Majestuosa promesa, importadora de paz y de luz!

A los pastorcitos, la Virgen les manifestó su lucidísimo profetismo, no sólo por la predicción de acontecimientos futuros, sino principalmente por mostrarle al mundo el único camino de evitar la debacle.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

El actual clima de tensión y descontento que reina en el orbe entero puede ser visto como el efecto de la impiedad y de la corrupción moral, lo cual, como resultado, genera los grandes «desafíos del mundo: el materialismo, el relativismo, el laicismo».¹ Estamos sufriendo un choque de múltiples desórdenes. Una inmensa opresión recae sobre nosotros, y es inútil tratar de ocultar la gravedad del momento presente.

Las apariciones de Fátima nos abren los ojos a una realidad seria y trágica: muestran las ofensas sufridas por los Corazones de Jesús y de María, y las consecuencias catastróficas de tal situación para los hombres. Debido a esto, Fátima invita a los fieles a vivir en una clave espiritual de seriedad y compenetración, incluso diríamos de compunción.

A los pastorcitos, la Virgen les manifestó su lucidísimo profetismo, no sólo por la predicción de acontecimientos futuros, sino principalmente por mostrarle al mundo el único camino de evitar la debacle. En Fátima, María Santísima pone al hombre moderno ante una gran encrucijada: la conversión o la ruina de la actual sociedad neopaganizada.

No obstante, muchos piensan erróneamente que estamos en una especie de callejón sin salida. Esto no es verdad, porque Nuestra Señora nos indica la solución. La alternativa que nos propone no es la de elegir la guerra o elegir la paz; lo que la Santísima Virgen quiso decirnos en Fátima es: «¡Elegid la virtud! ¡Elegid la fe! ¡Creed en lo que os dije, cambiad de vida!».²

Para ir directamente al asunto, hagamos un análisis de lo más elevado que existe en la sociedad humana: la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, institución divina fundada por el propio Jesucristo, nuestro Señor, durante su misión en la tierra, y depositaria de todos los tesoros celestiales

que los hombres necesitan para salvarse. ¿Cuál es la situación de la Iglesia en nuestros días? No podemos evitar sonreír ante quien nos diga ingenuamente que es buena. La situación para la Iglesia sólo es buena cuando la cultura, las leyes, las instituciones y la vida doméstica se conforman a la ley de Dios. Y esto no está sucediendo actualmente. Es bastante notorio.

Mensaje difundido, pero no puesto en práctica

Sin poner aquí en discusión la amplia propaganda que se la ha dado al mensaje de la Virgen en las apariciones de Fátima, considerando la mayoría de los hombres, lamentablemente, no ha habido una verdadera correspondencia a sus peticiones en un punto fundamental: no se ha puesto en práctica el cambio de conducta, ni la enmienda de vida y de costumbres. La humanidad no está dispuesta a darse golpes de pecho y a hacer un acto de humildad, reconociendo sus errores y pecados.

De esta manera, la clave espiritual que Nuestra Señora esperaba infundir en todo el orbe católico, una clave de seriedad y de combatividad contra los pecados del siglo, con vistas a la regeneración del mundo, ha caído en el olvido debido a una superficialidad cró-

En Fátima, la Virgen pone al hombre moderno ante una encrucijada: la conversión o la ruina de la actual sociedad neopaganizada

nica, que cierra los espíritus a lo que es sublime, elevado y noble, como las profecías de Fátima.

Aunque ha sido pregonado en muchas partes del globo, se puede decir que el mensaje transmitido a los pastorcitos es el olvidado por excelencia. Es el olvido de un hecho conocidísimo, rutilante, admitido por todos y presenciado por miles de testigos. Olvido que no es sólo una distracción sin culpa, sino la somnolencia, la indiferencia y el rechazo del que no quiere renunciar a la comodidad pecaminosa que ofrece el mundo ateo de hoy, para no tener que entregarse a la práctica de las virtudes y de los mandamientos.

Con esto, un cambio de la sociedad hacia la verdadera conversión es cada vez más improbable. Y a medida que avanzamos rumbo al paroxismo de la degradación moral, también es más probable la consumación de los castigos profetizados por Nuestra Señora.

Necesidad de enfervorizarse en la devoción al Inmaculado Corazón de María

Una vez que ya nos hemos adentrado dos décadas en el siglo XXI, ¿cómo favorecer la conversión de los pecadores y apresurar al máximo la bendita aurora del Reino de María? La Virgen nos lo indica: enfervorizarnos en la devoción a su Inmaculado Corazón, con la oración y la penitencia.

La Virgen de Fátima insistió, de manera muy especial, en la devoción a su Corazón Inmaculado. A lo largo de las apariciones se refirió a su Corazón más de siete veces. El valor teológico —por cierto, tan comprobado— de la devoción al Inmaculado Corazón de María encuentra en Fátima una valiosa e impresionante corroboración.

Por consiguiente, quien quiera tomarse en serio las revelaciones de

Fátima debe aumentar su devoción al Corazón Purísimo de María y considerarla como un progreso de los más altos y saludables en la vida de piedad.

Sin embargo, alguien podría preguntar: ¿de qué sirve que sólo unas pocas personas practiquen esta devoción? ¿El mundo se va a convertir por eso? ¿Se podrá evitar el castigo? La respuesta está en las palabras que Nuestra Señora le dijo a sor Lucía cuando le mostró su Corazón rodeado de espinas: «Tú, al menos, procura consolarme». ³ ¡Y nosotros debemos querer ser esos hijos que consuelan a María Santísima!



Inmaculado Corazón de María

*Habiéndole dado
la humanidad la
espalda al mensaje de
la Virgen, debemos
más que nunca crecer
en la devoción a su
Inmaculado Corazón*

Voz capaz de despertar la más alentadora confianza

Hechas estas reflexiones, nuestro espíritu se detiene en la consideración de las perspectivas finales del mensaje de Fátima. Para los católicos que esperan con ardor la intervención de Dios en nuestros días, tan difíciles y confusos, este mensaje es condicional, porque trae consigo una advertencia materna al mismo tiempo que promete un premio, si es escuchado y puesto en práctica por la humanidad. Así, «para quienes la tienen [la fe], desde el fondo de este horizonte suciamente confuso y torvo, una voz, capaz de despertar la más alentadora confianza se hace oír: “Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará”. ¿Qué confianza podemos depositar en esta voz? La respuesta, que Ella misma nos da, cabe en una sola frase: “Soy del Cielo”. Hay, por tanto, razones para esperar. ¿Esperar el qué? La ayuda de la Providencia a cualquier trabajo ejecutado con clarividencia, rigor y método para alejar del mundo las amenazas que, como tantas otras espadas de Damocles, penden sobre los hombres». ⁴

Por eso, más allá de la aflicción y de los castigos tan probables, hacia los que nos dirigimos, tenemos ante nosotros los primeros rayos sacrales de la aurora del Reino de María, el cual será, sin duda, la victoria del Corazón maternal y regio de la Santísima Virgen. ¡Es una majestuosa promesa que trae paz, entusiasmo y luz!

San Luis Grignon de Montfort anima a los fieles en la espera de la llegada de ese Reino de María. En el *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, el santo francés clama con el ardor y la profunda fe que lo caracteriza: «¡Ah! ¿Cuándo llegará [...] ese tiempo feliz en que la divina María sea reconocida Señora y Soberana en los corazones, para someterlos plenamente al imperio de su

grande y único Jesús? ¿Cuándo respirarán las almas a María, como los cuerpos respiran el aire?».⁵

No hay duda de que, en esta previsión —todavía lejana para el propio San Luis Grignon—, hay un estrecho vínculo con el triunfo del Inmaculado Corazón de María anunciado por Nuestra Señora en Fátima. En esa época feliz, la Santísima Virgen establecerá su imperio en las almas, en las instituciones, en las naciones y en todo el orbe.

Los elegidos de Nuestra Señora

Debido a que el mundo moderno está inundado de crímenes y pecados —lo que significa un período de prueba para los verdaderos católicos—, puede ocurrir que alguien se olvide de que la Divina Providencia, gracias a su desvelo por los hombres, va a suscitar en la Iglesia almas ardorosas y firmes en la fe, a quienes dará a conocer, de alguna manera, sus designios, y se servirá de ellas para promover su victoria.

¿Quiénes serán esos elegidos de Nuestra Señora? Según nuestro análisis, entendemos que se agruparán en notable minoría, provenientes de todos los rincones de la tierra. Cada uno de ellos, conforme la sapiencial voluntad de María Santísima, será galardonado con gracias admirables para

superar difíciles obstáculos, y a veces juzgará que ha fracasado totalmente. Pero si confía hasta el final tendrá la alegría de contemplar con sus ojos el glorioso comienzo de la era marial que no tardará en llegar.

San Luis Grignon también prevé a esos elegidos en su *Oración abrasada*: «Es una congregación, una asamblea, una selección, un grupo escogido de predestinados, que Vos debéis hacer en el mundo y del mundo: *Ego elegi vos de mundo* (Jn 15, 19). Es un rebaño de pacíficos corderos que Vos debéis reunir en medio de tantos lobos; una compañía de castas palomas y de águilas reales en medio de tantos cuervos; un enjambre de abejas en medio de tantas avispas; una manada de ágiles ciervos en medio de tantas tortugas; un escuadrón de leones valerosos en medio de tantas liebres tímidas. ¡Oh, Señor!: *congrega nos de nationibus* (Sal 105, 47). Congréganos, únenos para que se dé toda la gloria a vuestro nombre santo y poderoso».⁶

Éstos pueden ser comparados con el agua que, por un deseo expresado por la Virgen a su divino Hijo, se convierte en vino en las bodas de Caná. Son almas que por sí mismas no tienen otro valor que el del agua. Con todo, una vez que ha recaído sobre ellas la mirada de María Santísima,

el Señor las transformará en vino precioso, con las mejores gracias y favores que Él guardó para esa era marial.

Un nuevo milagro de Caná

El Dr. Plinio toma este episodio bíblico y hace una interesante analogía basada en algunos conocidos detalles del hecho:

«En primer lugar, hay una crisis: se acabó el vino. Se crea una situación de apuro y angustia para el dueño de la casa. Y aquí la Virgen repara lo sucedido, interviene y ruega el auxilio del Señor.

»El divino Maestro, después de una aparente negativa —ya que todavía no había llegado su hora— atiende la súplica de María Santísima y realiza el milagro estupendo de la conversión del agua en vino. Nuestra Señora, que todo lo obtiene, consigue de Nuestro Señor como que un milagro prematuro.

»La escena evangélica bien representa el momento por el que pasa la humanidad actualmente. De hecho, ¿no vivimos también en una situación de angustia? ¿No se podría decir que el hombre de hoy se encuentra como los invitados de aquella fiesta? Le falta el vino generoso de la virtud y de la fe porque lo ha desperdiciado a lo loco, lo ha depredado y, finalmente, lo ha rechazado.



Dios suscitará en la Iglesia a los elegidos de Nuestra Señora, almas ardorosas y firmes en la fe, de las que se servirá para promover su victoria

Detalles de
«La adoración del Cordero Místico»,
de Hubert van Eyck - Catedral de
San Bavón, Gante (Bélgica)



Reproducción

»En esta situación de crisis, la Virgen le dice a su divino Hijo: “No tienen vino; no tienen tu preciosísima sangre; no tienen gracias en la sobreabundancia deseada para convertirse y cambiar de situación”. Y el Señor, airado con los hombres, le responde: “¿Y qué tenemos nosotros que ver con ellos? Mi hora aún no ha llegado”.

»Sin embargo, así como Nuestra Señora, en las bodas de Caná, con su serenidad inmaculada les dijo a los sirvientes que hicieran todo lo que el Señor les mandara y Él acabó convirtiendo el agua en vino —transformó un líquido común y trivial en un vino maravilloso, la mejor bebida de la fiesta—, lo mismo pasará con el mundo contemporáneo, un mundo viejo, desgastado, roto, donde la podredumbre de las naciones paganas se suma a la corrupción de las naciones neopaganas. No obstante, por las omnipotentes súplicas de la Santísima Virgen se producirá en las almas arrepentidas una transmutación, un *grand retour*,⁷ un enorme giro hacia los valores eternos de la fe católica. Entonces, el agua se convertirá en un vino excelente, el mejor de la historia, se convertirá en el Reino de María.⁸

¡Certeza de la victoria de María!

Todo progreso humano, como lo demuestran los hechos históricos, se basa y fundamenta en la fidelidad de las almas a Dios, nuestro Señor, en



«La Coronación de la Virgen», del Maestro di Santa Verdiana - Museo del Louvre, París

Por las súplicas de la Reina del Cielo y de la tierra el agua del mundo actual se convertirá en el mejor vino de la historia, el Reino de María

la estrecha unión con Él, y de aquí resulta, a su vez, una completa y espléndida armonía de las relaciones de los hombres entre sí. Por esta razón, el reino que vendrá traerá como fruto la paz que las grandes instituciones

nunca lograron alcanzar, porque quitaron a Dios del centro de sus pensamientos. ¡La paz! La verdadera paz es la paz de Cristo en el Reino de Cristo.

Y no sin razón le pide San Luis Grignion de Montfort al Señor: «*Ut adveniat regnum tuum adveniat regnum Mariae*».⁹ Porque Ella, como Madre del Rey, no puede ser algo diferente de una Reina, según se contempla por la pluma del Doctor Melifluo, cuando canta los honores de soberana que recibió la Virgen al subir a los Cielos: «¿Habrà alguien capaz de imaginar la gloria que envuelve hoy a la Reina del mundo, el entusiasmo con que salen a su encuentro todas las legiones celestes, los cantos que le acompañan al trono glorioso? ¡Con qué aspecto tan afable, con qué mirada tan tierna, y con qué abrazos tan divinos la recibe su Hijo! Es encumbrada por encima de toda criatura con el honor que merece tal Madre, y la gloria propia de tal Hijo».¹⁰

Con expectativa jubilosa concluye este artículo, en la certeza y la confianza de la victoria de aquella que es incapaz de engañar, pues prometió: «¡Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará!». ✧

Extraído, con adaptaciones, de: «¡Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará!». Madrid: Asociación Salvadme Reina de Fátima, 2017, pp. 105-132.

¹ BENEDICTO XVI. *Homilía en Savona*, 17/5/2008.

² CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conversación*. São Paulo, 12/4/1985.

³ SOR LUCÍA. *Memorias I*. Cuarta memoria, c. II, n.º 5. 10.ª ed. Fátima: Secretariado dos Pastorinhos, 2008, p. 192.

⁴ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Nobleza y élites tradi-*

cionales análogas en las alocuciones de Pío XII al Patriarcado y a la Nobleza romana. Madrid: Fernando III el Santo, 1993, pp. 154-155.

⁵ SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT. «*Traité de la vraie dévotion à la Sainte Vierge*», n.º 217. In: *Œuvres Complètes*. Paris: Du Seuil, 1966, p. 634.

⁶ SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT. «*Prière Embrasée*», n.º 18. In: *Œuvres Complètes*, op. cit., p. 682.

⁷ Del francés: gran retorno.

⁸ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 29/1/1967.

⁹ SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT,

«*Traité de la vraie dévotion à la Sainte Vierge*», op. cit., p. 635. Del latín: «Para que venga tu Reino, venga el Reino de María».

¹⁰ SAN BERNARDO DE CLARVAL. Sermón Primero, en la Asunción de Santa María, n.º 4. In: *Obras Completas*. 2.ª ed. Madrid: BAC, 2006, t. IV, p. 341.

La devoción a la Virgen: condición esencial para la Contra-Revolución

En el prólogo a la edición argentina de su obra magna, «Revolución y Contra-Revolución», el Dr. Plinio nos ilustra acerca del profundo vínculo existente entre la devoción a la Santísima Virgen y la lucha contrarrevolucionaria.

✠ Plinio Corrêa de Oliveira



Comencemos por exponer aquí algunos pensamientos contenidos en *Revolución y Contra-Revolución*.¹

Orgullo e impureza en el origen de la Revolución

La Revolución es presentada en esta obra como un inmenso proceso de tendencias, doctrinas, de transformaciones políticas, sociales y económicas, derivado en último análisis —estaría tentado a decir en ultimísimo análisis— de un deterioro moral nacido de dos vicios fundamentales: el orgullo y la impureza, que suscitan en el hombre una incompatibilidad profunda con la doctrina católica.

En efecto, la Iglesia Católica tal y como ella es, la doctrina que enseña, el universo que Dios creó y que podemos conocer tan espléndidamente a través de sus prismas, todo eso excita en el hombre virtuoso, puro y humilde un profundo *enlevo*. Él siente alegría al considerar que la Iglesia y el universo son como son.

Pero si una persona cede un poco a los vicios del orgullo o de la impureza, comienza a crearse en ella una incom-

patibilidad con varios aspectos de la Iglesia o del orden del universo. Esa incompatibilidad puede comenzar, por ejemplo, con una antipatía con el carácter jerárquico de la Iglesia, después desdoblarse y alcanzar a la jerarquía de la sociedad temporal, para más tarde manifestarse con relación al orden jerárquico de la familia. Y así, una persona puede, por varias formas de igualitarismo, llegar a una posición metafísica de condenación de toda y cualquier desigualdad, y del carácter jerárquico del universo. Sería el efecto del orgullo en el campo de la metafísica.

De modo análogo se pueden delinear las consecuencias de la impureza en el pensamiento humano. El hombre impuro, por regla general, comienza por tender hacia el liberalismo: le irrita la existencia de un precepto, de un freno, de una ley que circunscriba el desborde de sus sentidos. Y, con esto, toda ascesis le parece antipática. De esa antipatía, naturalmente, viene una aversión al propio principio de autoridad, y así sucesivamente. El anhelo de un mundo anárquico —en el sentido etimológico de la palabra— sin leyes ni poderes constituidos, y en el cual el propio Esta-

do no sea sino una inmensa cooperativa, es el punto extremo del liberalismo generado por la impureza. [...]

Una lucha religiosa cuya victoria está en la devoción a la Virgen

Dado el carácter moral de estas causas, todo el problema de la Revolución y de la Contra-Revolución es, en el fondo, y principalmente, un problema moral. Lo que se dice en *Revolución y Contra-Revolución* es que, si no fuese por el orgullo y la sensualidad, la Revolución como movimiento organizado en el mundo entero no existiría, no sería posible.

Ahora bien, si en el centro del problema de la Revolución y de la Contra-Revolución hay una cuestión moral, hay también y eminentemente una cuestión religiosa, porque todas las cuestiones morales son substancialmente religiosas. No hay moral sin religión. Una moral sin religión es lo más inconsistente que se pueda imaginar. Todo problema moral es, pues, fundamentalmente religioso. Siendo así, la lucha entre la Revolución y la Contra-Revolución es una lucha que, en su esencia, es religiosa.

Si es religiosa, si es una crisis moral lo que da origen al espíritu de la Revolución, entonces esa crisis sólo puede ser evitada o remediada con el auxilio de la gracia.

Es un dogma de la Iglesia que los hombres no pueden, sólo con los recursos naturales, cumplir durablemente y en su integridad los preceptos de la moral católica, sintetizados en la Antigua y en la Nueva Ley. Para cumplir los mandamientos, es necesaria la ayuda de la gracia.

Por otro lado, si el hombre cae en estado de pecado, acumulando en él apetitos del mal, *a fortiori* no conseguirá levantarse del estado en el que ha caído sin el socorro de la gracia.

Provieniendo de la gracia toda preservación moral verdadera o toda regeneración moral auténtica, es fácil ver el papel de Nuestra Señora en la lucha entre la Revolución y la Contra-Revolución. La gracia depende de Dios; sin embargo, Dios, por un acto libre de su voluntad, quiso hacer depender de Nuestra Señora la distribución de las gracias. María es la Mediana universal, es el canal por donde pasan todas las gracias. Por lo tanto, su auxilio es indispensable para que no haya Revolución, o para que ésta sea vencida por la Contra-Revolución.

En efecto, quien pide la gracia por intermedio de Ella, la obtiene. Quien intentare conseguirla sin el auxilio de María no la obtendrá. Si los hombres, recibiendo la gracia, corresponden a ella, está implícito que la Revolución desaparecerá. Por lo contrario, si no correspondieren a ella, es inevitable que la Revolución surja y triunfe. Por lo tanto, la devoción a la Virgen es condición *sine qua non* para que la Revolución sea aplastada y para que venza la Contra-Revolución.

Recurrir a María, una condición para el progreso de la sociedad

Insisto en lo que acabo de afirmar. Si una nación fuere fiel a las gracias necesarias y suficientes que recibe de



El Dr. Plinio en 1983

La Revolución sólo puede ser combatida con el auxilio de la gracia, y la acción de ésta sobre los hombres depende de la devoción que tengan a la Virgen

Nuestra Señora, y si se generalizara en ella la práctica de los mandamientos, es inevitable que la sociedad se estructure bien. Porque con la gracia viene la sabiduría, y, con ésta, todas las actividades del hombre entran en sus cauces.

Ello se comprueba en cierto modo al analizar el estado en que se encuentra la civilización contemporánea. Construida sobre un rechazo de la gracia, alcanzó algunos resultados estrepitosos que, sin embargo, devoraron al hombre. La actual civilización

es nociva para el hombre en la medida en que tiene por base el laicismo y viola en varios aspectos el orden natural enseñado por la Iglesia.

Siempre que la devoción a la Virgen sea ardorosa, profunda y de rica substancia teológica, es claro que la oración de quien pida será atendida. Las gracias lloverán sobre quien le reza a Ella devota y asiduamente. [...] Lo que se dice del hombre puede decirse, *mutatis mutandis*, de la familia, de una región, de un país o de cualquier otro grupo humano.

Es costumbre decir que, en la economía de la gracia, Nuestra Señora es el cuello del Cuerpo Místico, del cual Nuestro Señor Jesucristo es la cabeza, porque todo pasa por Ella. La imagen es enteramente verdadera en la vida espiritual. Un individuo que tiene poca devoción a la Virgen es como alguien que tiene una cuerda atada al cuello y conserva apenas un resto de respiración. Cuando no tiene devoción alguna, se asfixia. Teniendo una gran devoción, en cambio, el cuello queda completamente libre y el aire penetra abundantemente en los pulmones, pudiendo el hombre vivir normalmente.

La esterilidad y hasta la nocividad de todo lo que se hace contra la acción de la gracia y la enorme fecundidad de lo que se hace con su auxilio, determinan bien la posición de Nuestra Señora en este combate entre la Revolución y la Contra-Revolución, pues la intensidad de las gracias recibidas por los hombres depende de la mayor o menor devoción que a Ella tuvieron.

El concurso del espíritu del mal

Una visión de la Revolución y de la Contra-Revolución no puede quedar sólo en estas consideraciones. La Revolución no es el fruto de la mera maldad humana. Esta última abre las puertas al demonio, por el cual se deja estimular, exacerbar y dirigir.

Es, pues, importante considerar en esta materia la oposición entre la Virgen y el demonio. El papel del demo-



Eustaquio Santimano (CC by 2.0)

Reina de la Paz - Catedral de San José, Hanói (Vietnam)

Es voluntad de Dios gobernar las almas y el universo entero por medio de María Santísima, regio instrumento de su amor

lución, que son respectivamente el demonio y la gracia, dependen de su imperio y su dominio.

Efectiva realeza de María

La consideración de este soberano poder de Nuestra Señora nos aproxima a la idea de la realeza de María. Es preciso no ver esa realeza como un título meramente decorativo. Aunque sumisa en todo a la voluntad de Dios, la realeza de la Virgen implica un auténtico poder de gobierno personal. [...]

Nuestro Señor le dio un poder regio sobre toda la creación; su misericordia, sin incurrir en exageración alguna, llega sin embargo al extremo. Él la colocó como Reina del universo para gobernarlo, teniendo en vista especialmente al pobre género humano decaído y pecador. Y es su voluntad que Ella haga lo que Él no quiso hacer por sí mismo, sino por medio de Ella, regio instrumento de su amor.

Hay, pues, un régimen verdaderamente marial en el gobierno del universo. Y así se ve cómo Nuestra Señora, aunque sumamente unida a Dios y dependiente de Él, ejerce su acción a lo largo de la historia. Es evidente que la Virgen es infinitamente inferior a Dios, pero Él quiso darle ese papel por un acto de liberalidad. Es Nuestra Señora quien, distribuyendo, ora más abundantemente la gracia, ora menos, frenando ora más, ora menos la acción del demonio, ejerce su realeza sobre el curso de los acontecimientos terrenos.

En este sentido, depende de Ella la duración de la Revolución y la victoria de la Contra-Revolución. Además de eso, a veces Ella interviene directamente en los acontecimientos humanos, como lo hizo, por ejemplo, en Lepanto. ¡Cuán numerosos son los hechos de la historia de la Iglesia en que quedó clara su intervención directa en el curso de las cosas! Todo esto nos hace ver hasta qué punto es efectiva la realeza de la Virgen.

Cuando la Iglesia canta a su respecto: «Tú sola exterminaste las herejías del universo entero», dice que su papel en ese exterminio fue en cierto modo único. Eso equivale a decir que Ella dirige la historia, porque quien dirige el exterminio de las herejías, dirige el triunfo de la ortodoxia, y dirigiendo una y otra, dirige la historia en lo que tiene de más medular. [...]

El Reino de María y la unión de almas

Estas y otras consideraciones sacadas de la enseñanza de la Iglesia abren perspectivas para el Reino de María, es decir, una era histórica de fe y de virtud que será inaugurada con una victoria espectacular de Nuestra Señora sobre la Revolución. En esa era el demonio será expulsado y volverá a los antros infernales y la Virgen reinará sobre la humanidad por medio de las instituciones que para eso escogió.

En la perspectiva del Reino de María, encontramos en la obra de San Luis María Grignon de Montfort algunas alusiones dignas de nota.

Él es sin duda un profeta que anuncia esa venida, de la cual habla expresamente: «¿Cuándo vendrá ese diluvio de fuego, de puro amor que debéis encender sobre toda la tierra de manera tan dulce y tan vehemente que todas las naciones, los turcos, los idólatras, los propios judíos se abrasarán en él y se convertirán?»²

Ese diluvio que va a lavar la humanidad inaugurará el Reino del Espíritu

nio en la eclosión y en los progresos de la Revolución fue enorme. Como es lógico pensar, una explosión de pasiones desordenadas tan profunda y tan general como la que originó la Revolución, no habría ocurrido sin una acción preternatural. Además, sería difícil, sin el concurso del espíritu del mal, que el hombre alcanzase los extremos de crueldad, de impiedad y de cinismo a los cuales la Revolución llegó varias veces a lo largo de su historia.

Ahora bien, ese tan fuerte factor de propulsión depende totalmente de Nuestra Señora. Basta que Ella fulmine un acto de imperio sobre el infierno para que éste se estremezca, se confunda, se recoja y desaparezca de la escena humana. Al contrario, basta que Ella, para castigo de los hombres, deje al demonio un cierto margen de acción, para que la misma progrese. Por lo tanto, los enormes fautores de la Revolución y de la Contra-Revo-

Santo que él identifica con el Reino de María. Nuestro santo afirma que va a ser una era de florecimiento de la Iglesia como hasta entonces nunca hubo. Llega incluso a afirmar que «el Altísimo con su Santísima Madre deben formar grandes santos que sobrepujarán en santidad la mayoría de los otros santos, como los cedros del Líbano exceden a los pequeños arbustos».³

Considerando los grandes santos que la Iglesia ya produjo, quedamos deslumbrados con la envergadura de los que surgirán al aliento de Nuestra Señora. Nada más razonable que imaginar un crecimiento enorme de la santidad en una era histórica en la cual la actuación de la Virgen aumente también prodigiosamente.

Podemos, pues, decir que San Luis María Grignion de Montfort, con su valor de pensador, pero sobre todo con su autoridad de santo canonizado por la Iglesia, da peso y consistencia a las esperanzas que brillan en muchas revelaciones particulares, de que vendrá una época en la cual Nuestra Señora verdaderamente triunfará.

Aunque la realeza de la Virgen tenga una soberana eficacia en toda la vida de la Iglesia y de la sociedad temporal, se realiza en primer lugar en el interior de las almas; de ahí, del santuario interior de cada alma, es desde donde ella se refleja en la vida religiosa y civil de los pueblos, en cuanto considerados como un todo.

El Reino de María será, pues, una época en que la unión de las almas con Nuestra Señora alcanzará una intensidad sin precedentes en la historia, excepción hecha, claro está, de casos individuales.

La esclavitud a la Virgen y los apóstoles de los últimos tiempos

¿Cuál es la forma de esa unión en cierto sentido suprema? No conozco medio más perfecto para enunciar y

realizar esa unión que la sagrada esclavitud a Nuestra Señora, como es enseñada por San Luis María Grignion de Montfort en el *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*.

Considerando que Nuestra Señora es el camino por el cual Dios vino a los hombres y éstos van a Dios, y en vista de la realeza universal de Ma-

ría, nuestro santo recomienda que el devoto de la Virgen se consagre a Ella enteramente como esclavo. Esa consagración es de una radicalidad admirable. Abarca no sólo los bienes materiales del hombre, sino también el mérito de sus buenas obras y oraciones, su vida, su cuerpo y su alma. Es sin límites porque el esclavo por definición nada tiene de propio.

A cambio de esa consagración, Nuestra Señora actúa en el interior de su esclavo de modo maravilloso, estableciendo con él una unión inefable.

Los frutos de esa unión se verán en los apóstoles de los últimos tiempos, cuyo perfil moral es trazado a fuego por el santo en su famosa *Oración abrasada*. Para esto usa un lenguaje de una grandeza apocalíptica, en el cual parece revivir todo el fuego de un Bautista, todo el clamor de un evangelista, todo el celo de un Pablo de Tarso.

Los varones portentosos que lucharán contra el demonio por el Reino de María, conduciendo gloriosamente hasta el fin de los tiempos la lucha contra el demonio, el mundo y la carne, son descritos por San Luis como magníficos modelos que invitan a la perfecta esclavitud a Nuestra Señora a quienes, en los tenebrosos días de hoy, luchan en las filas de la Contra-Revolución. ✧



«Pentecostés», de Pere Serra - Colegiata Basílica de Santa María de la Aurora, Manresa (España)

Por medio de la Virgen, un diluvio de fuego del puro amor lavará la humanidad, e inaugurará el Reino del Espíritu Santo, el Reino de María

¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Revolución y Contra-Revolución*. Buenos Aires: Tradición, Familia y Propiedad, 1970.

² SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT. «Prière Embrasée», n.º 17. In: *Œuvres Complètes*. Paris: Du Seuil, 1966, p. 681.

³ SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT. «Traité de la vraie dévotion à la Sainte Vierge», n.º 47. In: *Œuvres Complètes*, op. cit., pp. 512-513.

Un ardiente defensor de la verdad

Varón de insigne virtud y de vida irreprochable, San Pío V fue un dedicado padre y pastor para el rebaño de Cristo, un celoso promotor de la disciplina eclesiástica y un valiente defensor de los intereses de la cristiandad.



✠ Hna. Mary Teresa MacIsaac, EP

La pálida luz de la luna iluminaba los tejados de la Ciudad Eterna, que dormía silenciosa. Por las calles oscuras avanzaba una peculiar procesión de hombres y mujeres de las más variadas edades y condiciones: sacerdotes, monjes y religiosas, nobles y campesinos. Se apresuraban a recorrer el último tramo del largo viaje que habían emprendido.

Esta escena era relativamente común en los años en que San Pío V ocupaba el trono de San Pedro. Desde los rincones más remotos de Europa, los fieles acudían a diario a Roma con la esperanza de conocerlo, estar presente en una audiencia suya o simplemente recibir su bendición.

Es verdad que todo pontífice, cuando es elegido válidamente por el Colegio Cardenalicio, recibe del Altísimo la sublimísima potestad de ser, como San Pedro, un nexo entre Dios y los hombres. Sin embargo, tan elevada misión alcanzó en San Pío V un nuevo halo de gloria. Varón de insigne virtud y de vida intachable, fue un dedicado padre y pastor para el rebaño de Cristo, un celoso promotor de la disciplina eclesiástica y un valiente defensor de los intereses de la cristiandad.

Fidelidad desde el principio

Antonio Ghislieri nació en Bosco, ciudad del norte de Italia, el 17 de enero de 1504. Con 14 años ingresó en la Orden de Predicadores con el nombre de Miguel, siendo ordenado sacerdote con 21 años. En varias ocasiones fue elegido prior de diferentes conventos dominicos, entre ellos los de Vigevano, Soncino y Alba.

Como superior, insistió en la observancia de la disciplina religiosa y en la fidelidad al carisma de Santo Domingo. La oración y el estudio debían ser el alimento continuo del espíritu, y el silencio, el más perfecto canto de alabanza a Dios. Exhortaba a sus frailes a no salir de la clausura sin necesidad, pues decía que «la sal cuando se echa al agua se vuelve indistinguible de ésta; y los religiosos, la sal de la tierra, por la gracia de Dios, fácilmente absorben el espíritu del mundo cuando innecesariamente entran en contacto con él».¹

Era conocida su extrema rigidez consigo mismo. Ayunaba, hacía penitencia, pasaba largas horas de la noche en oración y meditación. A pesar de su frágil salud, sus hermanos de hábito atestiguaron que estando él presente en el convento nunca queda-

ba su asiento vacío durante las oraciones comunitarias.

Habiendo sido elegido confesor del gobernador de Milán, siempre que se disponía a atenderlo se obstinaba en ir a pie, soportando las penalidades del tiempo. Cuando en invierno le instaban a que por lo menos aceptara abrigarse con una capa más gruesa, lo rechazaba alegando que deseaba practicar la pobreza evangélica privándose de algunas comodidades.

Años después, ya como Papa, el discreto religioso demostraría la misma austeridad y rigor.

Integridad y rectitud para defender la verdad

A mediados del siglo XVI, los errores de Lutero se extendían rápidamente por toda Europa, amenazando la salvación de las almas y la paz en el continente. El papa Pablo III decidió reanudar la Inquisición en 1542, con la intención de frenar el avance de la herejía, descubrir a sus taimados autores y esclarecer a las almas acerca de la verdad católica.

La buena fama de Ghislieri había llegado ya a Roma y en 1551 fue nombrado comisario general del San-

to Oficio. Tal cargo le confirió amplios poderes como inquisidor, que el dominico supo usar con justicia, prudencia y misericordia. Al mismo tiempo inflexible en la lucha contra la herejía, fray Miguel era benigno y paciente, esforzándose para que los inculpados se arrepintieran de sus faltas y se convirtieran. Todas las mañanas «visitaba a los acusados, y no escatimaba nada para llevarlos de vuelta a Jesucristo. Los exhortaba a discutir libremente con él y disipaba sus dudas con una dulzura tan persuasiva como su elocuencia. Su caridad no se detenía ahí. Cuando los culpables habían abjurado de su error, no descuidaba nada para hacerles más llevadera su penitencia».²

Tanto desvelo y sacrificio por el bien del prójimo produjo frutos preciosos. Tal vez uno de los más notables fuera la conversión de Sixto de Siena. Judío de nacimiento, solamente había aceptado la fe católica cuando tenía 20 años. Su amplio conocimiento de la lengua hebrea le llevó al puesto de profesor en las principales universidades de Italia. No obstante, la alta estima de sí mismo lo condujo a la enseñanza pertinaz de graves herejías. Alertado de sus errores, abjuró y fue perdonado por la Iglesia. Tiempo después reincidió en ellos y fue enviado a prisión, en donde esperaría el día de su muerte.

Para Miguel, había llegado la hora de la misericordia. Necesitaba obtener de la Providencia que el corazón de aquel hombre relapso se transformara de verdad. En los días siguientes, visitó ininterrumpidamente al cautivo. Lo exhortó con bondad, lo convenció de sus faltas, hizo que deseara vivir una vida de penitencia por amor al Señor, en fin, lo llevó al arrepentimiento. Consciente de las buenas intenciones de Sixto, recurrió al Santo Padre para que re-

vocara la sentencia de muerte que pesaba sobre él.

Grande fue la alegría de fray Miguel cuando supo, meses más tarde, que aquel converso se había hecho dominico. A partir de entonces, Sixto llevó una vida proba y modesta. Se valió de sus conocimientos para la defensa de la fe católica, siendo considerado hasta hoy como uno de los mayores teólogos dominicos de su época.



Cardenal, inquisidor y Papa, San Pío V supo usar los amplios poderes de sus oficios con justicia, prudencia y misericordia

San Pío V, de Alonso Antonio Villamayor - Museo de Bellas Artes, Salamanca (España)

«Dejadme morir como un simple dominico»

En 1556, en consideración a los inmensos servicios que había prestado a la Iglesia, el papa Pablo IV nombró a Ghislieri obispo de Nepi y Sutri, pequeña diócesis cerca de Roma.

La noticia le llegó como una tormenta en un cielo despejado. Le suplicó inmediatamente al pontífice que

reconsiderara su decisión y le permitiera vivir hasta el final de sus días como un simple fraile dominico. Pero el Papa reafirmó su nombramiento, instándole a que asumiera el cargo como voluntad de la Providencia.

Mons. Ghislieri, que continuó fielmente usando el hábito dominico, cambió la fisonomía de su diócesis. Visitó todos sus rincones, incluso los más pobres y olvidados, llevó al clero a la pureza de vida y costumbres y se aseguró de que sus ovejas recibieran el saludable alimento de la enseñanza cristiana. Años después, ya como Papa, se empeñaría en fomentar análoga renovación en el ámbito de la Iglesia universal, y recordaría lo benéfica que había sido su experiencia en Nepi y Sutri.

El 15 de marzo de 1557, Pablo IV lo creó cardenal. Unos meses antes le había dicho a Mons. Ghislieri que ataría en su pie una cadena tan fuerte que le sería imposible siquiera pensar en la vida del claustro. Tales palabras se hicieron realidad, aunque el nuevo purpurado no sospechara cómo...

«Habemus Papam»

A finales de 1565, habiendo muerto ya Pablo IV y su sucesor Pío IV, los cardenales se reunieron en nuevo cónclave, que resultaría de gran importancia para la Iglesia.

El cardenal Carlos Borromeo, arzobispo de la prestigiosa diócesis de Milán, consciente de la influencia que ejercía sobre el Colegio Cardenalicio, no disimuló su preferencia por el futuro Papa. Tras semanas de intensos debates y varios escrutinios, consiguió que la propensión tendiera hacia el cardenal Ghislieri, que hasta entonces había permanecido en su celda, implorándole al Espíritu Santo que eligiera al pontífice adecuado.

Ahora sólo quedaba convencerlo. Los cardenales Borromeo, Morone y Farnesio fueron hasta sus aposentos y le informaron de la decisión de todos. Ante la resistencia del electo, lo llevaron casi por la fuerza hasta la Capilla Paulina, donde todos los cardenales se arrodillaron a sus pies y lo proclamaron soberano pontífice. El antiguo fraile de Santo Domingo, no sin reticencias, finalmente aceptó y escogió el nombre de Pío V.

Hubo una gran conmoción en Roma con la noticia. Poco a poco, el pueblo se dio cuenta de que el nuevo pontífice «vivía en una celda monacal, que no bebía sino agua, que pasaba horas meditando en la Pasión de Cristo [...]». Pronto se comprobó también que ya no desfilaban por las calles de la ciudad esos cortejos cardenalicios que escandalizaban por su fausto insolente [...]. En contrapartida, las instituciones de caridad recibieron generosas dotaciones y las obras de utilidad pública, un nuevo impulso. La admiración alcanzó su culmen cuando se vio al Vicario de Cristo haciendo a pie la peregrinación a las basílicas, llevando la custodia».³

El Concilio de Trento puesto en obras

El histórico Concilio de Trento convocado en 1545 por Pablo III había terminado en 1563. A Pío V le correspondió la inmensa tarea de poner en práctica todo lo que había sido determinado en los decretos de la magna asamblea.

«No conseguiremos detener el avance de la herejía a menos que sea por una acción sobre el Corazón de Dios. Es a nosotros, luz del mundo, sal de la tierra, a quienes nos compete iluminar las mentes y animar los corazones con el ejemplo de nuestra santidad y de nuestras virtudes»,⁴ dijo una vez el pontífice, trazando la línea principal que dirigía todos sus esfuerzos en adornar al clero de intachable pureza, en proporcionar sólida formación al pueblo cristiano y en fomentar la liturgia y la música sacra.

En 1566, tras cinco años de arduo trabajo, salió a la luz el catecismo romano, que le ofrecía al católico todo lo que debía saber sobre fe y moral, siendo traducido enseguida a otros idiomas y difundido por el mundo. Luego, se reformó el breviario, libro utilizado durante mucho tiempo por

los clérigos para la oración del oficio divino, pero cuyos añadidos innecesarios y superfluos lo habían hecho demasiado prolijo. Finalmente, también se llevó a cabo la reforma del misal —en un esfuerzo de establecer la unidad en la celebración de la misa, especialmente en el rito latino.

Otro asunto muy discutido en Trento fue la formación de los sacerdotes. Hasta entonces, los laicos que deseaban ser ordenados tenían que frecuentar las universidades. Fue Pío V quien pidió a los obispos que fundaran seminarios eclesiásticos en sus diócesis para acoger a los que se sentían con vocación, a fin de preservarlos de las influencias mundanas durante su instrucción y garantizar la ortodoxia de sus estudios.

Infelizmente, en aquellos días el gregoriano casi había desaparecido de las iglesias europeas, siendo sustituido por otras formas de canto o añadido de melodías y textos demasiado profanos. El Papa reinante en esa época, Marcelo II, alarmado con tales abusos, hasta llegó a considerar proscribir el uso de la música en las



A San Pío V le cupo la inmensa tarea de poner en práctica las determinaciones del Concilio de Trento

Concilio de Trento, de Elia Naurizio - Museo Diocesano Tridentino, Trento (Italia).

En el destacado, breviario romano y catecismo, publicado por San Pío V según las directivas de la asamblea magna

iglesias. Los padres conciliares, no obstante, conscientes de que la prohibición supondría más pérdidas que beneficios, pensaron que lo mejor era establecer reglas que fomentaran una música religiosa saludable.

Se constituyó una comisión para este propósito y San Carlos Borromeo no escatimó esfuerzos para que tuviera éxito. Conocedor del talento de un eminente compositor llamado Giovanni Pierluigi da Palestrina, le pidió que compusiera una misa en la cual fueran aplicadas las reglas determinadas por el Concilio de Trento. Transcurridos tres meses, Palestrina le mostró al cardenal de Milán tres composiciones, siendo una de ellas la *Misa del papa Marcelo*, presentada a Pablo IV y al Colegio Cardenalicio. El estilo obtuvo la aprobación de todos. Se establecía así el canto sacro polifónico.

Posteriormente, San Pío V no se limitó a animar al insigne autor, sino que lo hizo maestro de canto de la capilla papal, a fin de erigirlo como autoridad y modelo en el tema para todas las iglesias de la cristiandad.

Por otra parte, nombró 314 obispos y numerosos cardenales, todos notables por sus cualidades morales. Reformó varias órdenes religiosas, como la del Císter de Sicilia y la de los servitas, y reavivó la disciplina de los frailes mínimos de Francia. Con razón comentó San Juan Bosco: «Seis años de su pontificado fueron suficientes para cambiar el aspecto del mundo».⁵

Defensor de la cristiandad

En los primeros días de julio de 1570 centenares de embarcaciones turcas se divisaban en el horizonte de la isla de Chipre. Pío V sospechaba desde hacía tiempo que el poder otomano atacaría violentamente a las naciones cristianas, y ahora ya no había ninguna duda.

El Sucesor de Pedro no titubeó en asumir sobre sus hombros el peso de la defensa de la cristiandad. Tan pronto como le llegaron las tristes no-



dcfdelaeruz (CC by 2.0)

Ejemplo de pastor sabio y recto, al cruzar el umbral de esta vida, San Pío V dejó esbozada una sonrisa en su rostro

Cuerpo de San Pío V - Basílica de Santa María la Mayor, Roma

ticias de la masacre de Chipre, envió emisarios a los principales reyes de Europa, con el objetivo de crear una alianza que se opusiera a los infieles. El 25 de mayo de 1571, después de arduas gestiones diplomáticas, España, la República de Venecia y otras ciudades italianas, junto con los Estados Pontificios, firmaron el tratado que establecía la Liga Santa.

La flota de más de 200 barcos y 80.000 hombres partió del puerto de Messina en un hermoso día de otoño de 1571, comandada por D. Juan de Austria y bajo la bendición del nuncio papal. Poco menos de un mes después, el 7 de octubre, tuvo lugar uno de los enfrentamientos navales más grandes de la historia: la batalla de Lepanto. La cruz y la media luna pelearon durante horas hasta que las tropas cristianas lograron la victoria.

Su Santidad instituyó en ese día la fiesta de Nuestra Señora del Rosario, en agradecimiento por el insigne y espléndido triunfo alcanzado por su intercesión y ordenó que a las letanías lauretanas se le añadiera la advocación Auxilio de los cristianos.

«La Iglesia ha envidiado de su santo pastor»

El Viernes Santo de 1572, el empeoramiento de una enfermedad que padecía desde poco antes de su elección al papado lo obligó a permanecer postrado en cama. El día 1 de mayo, el romano pontífice entró en agonía. Cualquiera que se acercara a él en ese

momento podía oírle gemir: «Señor, aumenta mi mal, pero igualmente mi paciencia».⁶

Falleció aquel mismo día, dando excelso ejemplo de paz y serenidad en el dolor a todos los que lo rodeaban. Al cruzar el umbral de esta vida, todavía dejó esbozada en su fisonomía una sonrisa. Santa Teresa de Jesús supo de su muerte por una revelación y se lamentó diciendo: «Llorad conmigo, hijas mías, pues la Iglesia ha envidiado de su santo pastor».⁷

Que San Pío V envíe santos pastores que guíen la Iglesia con virtud y sabiduría, y obtenga pronto de la Virgen, Auxilio de los cristianos, un nuevo y resplandeciente triunfo de la Iglesia sobre sus enemigos. ✧

¹ ANDERSON, Robin. *Saint Pius V*. Rockford: TAN, 1989, p. 3.

² VICOMTE DE FALLOUX. *Histoire de Saint Pie V*. Chiré-en-Montreuil: Chiré, 1978, p. 43.

³ DANIEL-ROPS, Henri. *A Igreja da Renascença e da Reforma (II)*. São Paulo: Quadrante, 1999, t. V, pp. 115-116.

⁴ Ídem, p. 115.

⁵ SAN JUAN BOSCO. *Compêndio de História Eclesiástica*. Campinas: Livre, 2016, p. 189.

⁶ Ídem, ibídem.

⁷ THE LIFE OF SAINT PIUS THE FIFTH, and Other Saints and Blessed of the Order of Friar Preachers. New York: D. & J. Sadlier, 1887, p. 115.

¿Qué hora es?

Desde la salida del sol hasta su ocaso, el cielo nos presenta aspectos de la acción divina en las almas: una sucesión de fulgores y penumbras, que exigen del hombre perseverancia.



✠ **Hna. Luciana Niday Kawahira, EP**

La naturaleza siempre ha sido un medio para comunicarse con el Creador; cual espejo, le permite al hombre vislumbrar algo de la belleza increada. Tomando como ejemplo el firmamento, con la variedad de tonalidades que contemplamos desde la aurora hasta el ocaso, notamos que nos ofrece un cuadro encantador: la seriedad de la alborada, llena de fuerza y majestad en su colorido, alcanza una gloriosa plenitud en el fulgor del mediodía y, luego, se oscurece lentamente en las tristezas del crepúsculo.

Hay así, a lo largo del día, una armoniosa sucesión de aspectos, del preludio al apogeo y desde éste hasta el declive, en un proceso de desarrollo y retroceso. Se trata de un espectáculo que nos es concedido diariamente por la bondad de aquel que nos ama con dilección infinita: ¡Dios!

Para un espíritu católico —admirativo y reparador—, este ciclo de múltiples configuraciones que el cielo recorre se asemeja a un reloj, el cual ofrece elementos para que comprendamos el alma humana en sus varias disposiciones. En efecto, ésta presen-

ta matices particulares cuando es analizada bajo el prisma de su relación para con Dios.

Al mediodía, ¡el amor domina!

Existe un «horario» en la vida espiritual en que todo está claro, análogo a lo que sucede en el firmamento cuando el sol alcanza su cenit. La inocencia se presenta con esplendor, y el individuo irradia a los demás el amor divino que ha degustado, en la recta intención de hacer el bien, como conviene al inocente. Las luces divinas fulguran de tal manera que «el alma más parece Dios que alma, y aun es Dios por participación»...¹

Al encontrarse con almas «ensombrecidas» por los efectos del pecado, su caridad las ilumina y su calor les infunde nuevo vigor, recordándoles que por culpa de la contingencia humana no se consigue admirar el «día» sin un auxilio externo. En esa hora dominada por el amor, «podemos decir que la luz de Dios y del alma toda es una»,² llevándola a realizar prodigios de virtud y santidad: ¡es el «mediodía» de la vida interior!

Pero el sol no se queda eternamente en lo alto... El día sigue su curso, las manecillas recorren los minutos del reloj, y el tiempo pasa. El interior del hombre también tiene ocaso, cuya belleza no puede pasarnos desapercibida.

Por la tarde, la hora de la nostalgia...

Se acerca el final de la tarde. Imaginemos que son las seis. El astro rey se va despidiendo con una espectacular presentación, donde el color, la luz y el movimiento de la bóveda celeste le permiten al hombre recordar, con nostalgia, la «infancia querida que ya los años no nos traerán»...³ La añoranza de una convivencia marcada por la alegría primaveral de la vida espiritual que, maravillado, todo hombre tuvo un día la felicidad de disfrutar, a semejanza de Adán en el jardín del Edén antes de manchar su alma con el pecado.

Es muy probable que, en este «horario» de la existencia, el dorado de la inocencia haya cedido al brillo plateado de la restauración, dejando que el sol se oculte entre espesas nubes... Aunque no le sea posible contemplarlo en el horizonte, el alma debe creer que el amor

divino permanece inmutable: «Dios está como por detrás de las nubes, mirando y, por así decirlo, dosificando con misericordia el temor que esa alma debe tener para restaurarse».⁴ Entonces, para que vea nuevamente su luz, a veces es necesario que se reconcilie con Él mediante el sacramento del perdón.

Al atardecer suena el momento de las confidencias entre el Creador y la criatura, de la dulce tristeza que el recuerdo de la mañana trae al alma. Es el horario del mudo agrado, de la despedida envuelta en la suavidad del ocaso. Lejos de hacer que el alma abandone la lucha, el crepúsculo la prepara para los combates que están por venir, pues quien aspira a la unión con Dios «no se ha de echar a dormir».⁵ El corazón pide, por tanto, ser probado por aquel de quien lo ha recibido todo... ¡Es justo!

En la oscuridad de la noche, la prueba de la fidelidad

Así pues, el noble colorido del atardecer da paso al esplendor regio de la noche que, cuidadosamente, cubre el firmamento con su velo negro repleto de brillantes. En este gesto de respetuosa sumisión, el sol nos revela hasta qué punto las renunciaciones y difi-

cultades acrisolan el amor, invitando a la inocencia al sacrificio, a fin de conservar en el alma los encantos de la infancia espiritual. Dios sumerge en la noche oscura a quienes «quiere purificar de todas estas imperfecciones para llevarlos adelante».⁶ Retira su luz admirable, mientras alumbra al alma «no sólo dándole conocimiento de su bajeza y miseria, sino también de la grandeza y excelencia de Dios».⁷

Sin otra luz y guía, sino la que arde en el corazón,⁸ el alma madura y adquiere una relación estable en la convivencia con Dios, porque la prueba la prepara para el reencuentro que vendrá: «Es poco todo lo que pudiéramos servir y padecer y hacer para disponernos a tan grandes mercedes».⁹ Por eso, San Juan de la Cruz exclama, lleno de fervor: «Para gran luz [es] el padecer tinieblas».¹⁰

El alma busca a su Señor, pero no lo encuentra y, rechazando todo consuelo, su recuerdo la lleva a gemir (cf. Sal 76, 4)... Desde su interior, se dirige a Él, lo busca allí donde están guardadas las esperanzas de la aurora y distingue sus pasos en el centelleo de las estrellas, pues también es indispensable admirar la acción de la gracia divina en los demás.

A veces el hombre cae en la desesperación y se siente abandonado en medio de las densas tinieblas de la prueba, característica de esta etapa espiritual. Sin embargo, no ha de olvidar que cuanto más «oscura» sea la noche, ¡más cerca estará el amanecer!

Al despuntar la aurora, el premio de la perseverancia

Después de las duras luchas de la desolación interior, la luz del alma fiel se levantará en la oscuridad y su noche resplandecerá como el mediodía (cf. Is 58, 10). Desapegada de las afecciones terrenas, está apta para recibir una vez más la luz de la unión divina,¹¹ que llegará al alba. Entonces comprobará que si perseveró ha sido porque Dios la amó primero (cf. 1 Jn 4, 19).

Pidámosle, pues, a María Santísima, Madre del Amor Hermoso, que nos enseñe a restituir ese amor que hemos recibido, aun cuando nuestros sentimientos clamen lo contrario... Y aguardemos con esperanza el despuntar de una gloriosa aurora, inicio de la era histórica en la cual Ella será enteramente conocida y amada «de la salida del sol hasta su ocaso» (Sal 112, 3): ¡el Reino de María! ✧

¹ SAN JUAN DE LA CRUZ. «Subida del Monte Carmelo». L. II, c. 5, n.º 7. In: *Vida y obras*. 4.ª ed. Madrid: BAC, 2002, p. 461.

² SAN JUAN DE LA CRUZ. «Llama de amor viva». Canción III, n.º 71. In: *Vida y obras*, op. cit., p. 1076.

³ ABREU, Casimiro de. «Meus oito anos». In: *As primaveras*.

2.ª ed. São Paulo: Martin Claret, 2018, p. 44.

⁴ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «Salva-me, Senhor, pela tua misericórdia». In: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año VIII. N.º 88 (jul, 2005); p. 13.

⁵ SANTA TERESA DE JESÚS. «Las moradas del castillo interior». Moradas quintas, c. 4,

n.º 10. In: *Obras Completas*. Madrid: BAC, 1954, p. 412.

⁶ SAN JUAN DE LA CRUZ. «Noche oscura». L. I, c. 2, n.º 8. In: *Vida y obras*, op. cit., p. 639.

⁷ Ídem, c. 12, n.º 4, p. 659.

⁸ Cf. Ídem, L. II, c. 25, p. 727.

⁹ SANTA TERESA DE JESÚS, op. cit., p. 412.

¹⁰ SAN JUAN DE LA CRUZ. «Epistolario. A la Madre Catalina de Jesús, 6/7/1581». In: *Vida y obras*, op. cit., p. 1140.

¹¹ Cf. SAN JUAN DE LA CRUZ. «Subida del Monte Carmelo». L. I, c. 4, n.º 2, op. cit., p. 423.

Después de las duras luchas de la desolación interior, la luz del alma fiel se levantará en la oscuridad y su noche resplandecerá como el mediodía

Amanecer en Serra dos Órgãos, cadena montañosa entre Petrópolis y Teresópolis (Brasil)

El signo del amor divino

Considerar el carácter correctivo o punitivo del sufrimiento es bastante razonable: ¿cómo explicar, no obstante, la prueba que le sobreviene al inocente?

✠ Hna. Laura de Melo Aquino, EP



Para el hombre contemporáneo, la inevitabilidad del sufrimiento es una realidad evidente; sin embargo, le cuesta entender su necesidad para la salvación y, sobre todo, los profundos beneficios que confiere a las almas que lo aceptan con buena disposición. Ante el dolor surgen a menudo interrogantes, inconformidades y, no pocas veces, tristes rebeldías...

Sufrir puede ser un modo eficaz de reparar las faltas cometidas, o incluso un medio utilizado por Dios para llamar a sí a las almas descarriadas que, al verse afectadas por las aflicciones, suelen abandonar el pecado y se dirigen hacia su Creador y Padre con humildad y arrepentimiento. De hecho, dicen las Escrituras: «El Señor corrige a los que ama, como un padre al hijo preferido» (Prov 3, 12).

Ahora bien, es igualmente propio en el actuar de Dios hacer padecer —y con violencia!— a quienes son inocentes. ¿Cómo se explica esto? ¿Para qué hacer sufrir al que no merece castigo?

«¿Por qué me buscabais?»

«Cuando terminó, se volvieron; pero el Niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que lo supieran sus padres. Éstos, creyendo que estaba en la caravana, anduvieron el camino de un día

y se pusieron a buscarlo entre los parientes y conocidos; al no encontrarlo, se volvieron a Jerusalén buscándolo. Y sucedió que, a los tres días, lo encontraron en el Templo, sentado en medio de los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Todos los que le oían quedaban asombrados de su talento y de las respuestas que daba» (Lc 2, 43-47).

Al concluir las festividades de la Pascua, la Sagrada Familia se preparó para regresar a su ciudad de origen, la pequeña Nazaret. El Niño Jesús probablemente se alejó de la Virgen nada más comenzó el viaje. Como era costumbre que en esas ocasiones los hombres y las mujeres se reunieran en grupos diferentes, María Santísima no se preocupó por la tardanza de Jesús, pensando que estaría en compañía de su virginal esposo.

Solamente después de un día de intensa caminata, mientras las familias se reagrupaban para pasar la noche juntas, Nuestra Señora se dio cuenta de que su Hijo no estaba con San José. ¿Seguiría aún con sus parientes? El santo matrimonio enseñada se puso a buscarlo. Pero, por desgracia... ¡el divino Infante había desaparecido!

Afligida, la Virgen se preguntaba qué es lo que habría sucedido. Dios le había confiado el mayor de todos los

tesoros, ¿cómo podía haberlo perdido? ¿Querría su Hijo adelantar el augusto momento de la Pasión? Éstas y otras muchas interrogantes le atormentaban su espíritu; sin embargo, en ningún momento perdió la paz de alma ni el equilibrio emocional, así como su fidelísimo esposo, que trató de fortalecerla en esta perplejidad. Finalmente, ambos decidieron regresar a Jerusalén tan pronto como despuntara la aurora, para buscar su Perla perdida.

De vuelta en la Ciudad Santa se dirigieron directamente al Templo, pues una intuición sobrenatural les decía que el Niño había ido allí. De hecho, sus corazones no se habían engañado. Recorriendo las sagradas dependencias del Templo, lo encontraron entre los doctores, que se dispersaron a su llegada. Por fin, ¡ahí estaba su Amado!

Sin embargo, María no sospechaba que una prueba aún mayor estaba por llegar. Al acercarse a su Hijo e indagar el motivo de su actitud, recibió como respuesta palabras que, como una espada, le atravesaron el alma: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?». Pero ellos no comprendieron lo que les dijo» (Lc 2, 49-50).

Grande era el misterio que envolvía esta respuesta. ¿Acaso Jesús no consideraba la aflicción que le había causado a su Madre? ¿O se habría

disgustado con Ella, hasta el punto de retirarse de su presencia y, cuando fue encontrado, no querer darle ninguna explicación? Absolutamente hablando, se trata de una hipótesis sin sentido, pues aquel Niño era el propio Dios: desde toda la eternidad conocía el alma santísima de María y, como hombre, había experimentado su amor. Entonces, ¿por qué actuó así y le ocultó el significado de este episodio tan singular?

Nuevo grado de unión con Dios

Los sufrimientos de María Santísima con ocasión de la pérdida y el hallazgo del Niño Jesús, como nos refiere la venerable María de Jesús de Ágreda,¹ superaron los de muchos mártires en el momento de su sacrificio. La razón de este hecho reside en que cuanto más puro es el amor, más se sufre con la pérdida o ausencia del amado: y cuanto mayor es la unión de éste con el amante, más dolorosa se hace cualquier incomprensión que pueda surgir entre ellos.

La explicación de este sufrimiento infligido a la más inocente de las criaturas es que Dios puede querer «escondarse» de una persona no sólo por su culpa, sino también por un designio superior, que consiste en una altísima manifestación de su amor divino.

En efecto, a menudo la Providencia hiere a sus santos y los somete a terribles pruebas porque, a sus ojos, cuanto más sufre alguien, más digno de amor es. Para poder derramar sobre sus almas dones aún mayores y unirlos a Él con lazos más estrechos, el Señor los hace sufrir, pues su dulce sumisión a la voluntad divina e inocente esfuerzo por crecer todavía más en santidad le dan a Él una gloria

incomparable y redundan en un amor singularmente perfecto.

Eso es lo que sucedió con María: Dios quería, de alguna manera, colmarla de gracias aún mayores. Sometiéndola, por tanto, a aquella dura prueba, pudo elevarla a un grado de caridad más alto. Su Corazón Inmaculado, aceptando sin entender la divina vo-



Dios puede querer «escondarse» de una persona no sólo por su culpa, sino por un designio superior, que es una altísima manifestación de su amor

Pérdida y hallazgo del Niño Jesús en el Templo - Oratorio de San José, Montreal (Canadá)

luntad, dirigido al Altísimo un cántico de purísimo amor y de suprema modestia, el cual bien podríamos traducir en las célebres palabras de San Bernardo: «Amo porque amo, amo para amar».² Visitada por el sufrimiento, aquella que era por excelencia la «esclava del Señor» (Lc 1, 38) le ofreció una vez más su fiat, cuya incondicionalidad demostró a toda la historia que su voluntad no se diferenciaba en nada de la voluntad de Dios.

«Per crucem, ad lucem»

En un ámbito infinitamente superior, la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, el Inocente y el Perfecto por excelencia, le dio a la historia de la creación la verdadera explicación y significado del dolor. Si antes de este augustísimo acontecimiento los hombres podían considerarlo un aspecto secundario en la vida, después de contemplar al Cordero divino colgado en la cruz nadie tiene el derecho a negar que sólo a través de él se llega al Cielo. «Yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí» (Jn 14, 6).

El verdadero católico debe ver en cada sufrimiento, grande o pequeño, no un tedioso obstáculo que debe soportarse por obligación, sino una oportunidad única de unirse a Dios. Poniéndose en esta perspectiva, su alianza con el Creador se vuelve mucho más arraigada y toda la belleza del amor divino —esencialmente sin pretensiones— se queda impresa en su alma.

A ejemplo de la Virgen, y por su maternal intercesión, mantengamos viva en nuestras almas la noción de esta alianza entre el dolor y la santidad, pues siempre que Dios nos envía una cruz, Él desea obsequiarnos con la luz. ✧

¹ Cf. VENERABLE MARÍA DE JESÚS DE ÁGREDA. *Mística Ciudad de Dios*. Barcelona: Pablo Riera, 1860, t. IV, p. 252. Se trata de una mística española del siglo XVII a quien la Santísima Virgen hizo varias revelaciones sobre los misterios de su vida.

² SAN BERNARDO DE CLARAVAL. «Sermones sobre el Cantar de los Cantares». Sermón 33, n.º 3. In: BALLANO, Mariano (Ed). *En la escuela del amor*. Madrid: BAC, 1999, p. 207.

Teólogo mariano y guía de almas

Le cupo a él trazar el itinerario espiritual capaz de curar al inglés contemporáneo de su individualismo insular, triste e inmerso en una especie de comodidad inauténtica, al pregonar: ¡salid de vosotros mismos, volved hacia los demás, quered ser buenos!

✠ Fabio Henrique Resende Costa



La Inglaterra del siglo XIX fue marco y espejo de relevantes transformaciones ideológicas, materiales y religiosas que en los siglos posteriores se extendieron a otras naciones de Europa y, en gran medida, al resto del mundo.

Desde el punto de vista ideológico, los vientos de la Revolución francesa, que acababa de suceder no hacía mucho —y cuyo escenario de ensayo había sido la favorita colonia inglesa, Estados Unidos—, soplaban fuerte en las Islas Británicas, y las aspiraciones de igualdad absoluta y libertad completa exigían de la sociedad otro comportamiento, menos decoroso y solemne, en el cual las pasiones desordenadas del orgullo y la sensualidad obtendrían el derecho de ciudadanía.

Con respecto al campo material, basta mencionar la Revolución Industrial, nacida en las regiones emergentes del Londres de aquellos años y que generó un nuevo estilo de vida, a través del contacto diario del hombre con las máquinas, llegando hasta el centro del alma humana.

Sin embargo, lo más grave era la situación en el terreno religioso ya desde el siglo XVI, sacudido por una serie de oscilaciones entre innovaciones protestantes y tradiciones católicas. La Iglesia anglicana pasaría por un fenómeno curioso, siendo objeto de

contiendas y controversias de todo tipo —teológicas, canónicas, litúrgicas— por parte de distintos grupos que disputaban poder e influencia en su seno.

Una brisa de gracias empieza a soplar

En esa época histórica, surgió cierto movimiento denominado *High Church*,¹ Iglesia alta —cuyos componentes pertenecían, en su mayoría, a la Universidad de Oxford—, con el propósito de demostrar que la Iglesia anglicana era descendiente directa de la Iglesia establecida por los Apóstoles; es decir, nacía un intento de transposición del abismo que separa la cismática Iglesia inglesa de la verdadera Iglesia romana.

En efecto, sobre cierta parte de anglocatólicos² empezaba a soplar una brisa de gracias, pues como almas bautizadas que eran clamaban por socorro y pedían al Pastor que fuera al encuentro de las ovejas descarriadas del rebaño.

De ahí, en el arcilloso suelo de la Iglesia anglicana brotarían lirios de virtud y santidad que, finalmente, ya trasplantados al huerto de la Iglesia Católica, enriquecerían el jardín de los santos con sus frutos.

Los rasgos biográficos de la vida de un expastor protestante, convertido del anglicanismo al catolicismo

en 1845, alineados a su pensamiento y excelentes obras de vida espiritual, nos servirán de ejemplo.

Inteligencia excepcional formada en los medios protestantes

Nacido en Calverley, West Yorkshire, Inglaterra, el 28 de junio de 1814, Frederick William Faber tuvo una infancia muy cercana a concepciones distorsionadas de la religión, porque su abuelo, Thomas Faber, ejercía el cargo de vicario parroquial, y su tío, George Faber, era teólogo y escritor.

Desde la escuela primaria, Faber estudió en prestigiosos colegios. Sus insólitas capacidades intelectuales fueron objeto de honores ya que, tras obtener una beca en la University College, adscrita a la Universidad de Oxford, una composición literaria suya, sobre los caballeros de San Juan, suscitó admiración no sólo en sus coetáneos, sino también en los profesores, que supieron discernir atributos aún latentes en un joven de poco más de 20 años, eligiéndolo miembro de la facultad.

Frecuentar los ambientes académicos de Oxford acabó por permitirle conocer muy de cerca la ideología de carácter litúrgico del recién formado movimiento anglocatólico, que proponía estrechar lazos con la Iglesia Católica, tan contraria a muchos de los principios que había aprendido

en su infancia, dado que era descendiente de hugonotes y había forjado su carácter en medio de creencias calvinistas, rigurosamente seguidas por sus padres y familiares.

Comenzaba su lucha interior: Faber empezó a notar las divergencias existentes entre lo que había oído desde niño, a través de sus allegados, y las verdades aprendidas por medio de quienes pretendían encontrar en el seno de la Iglesia Católica, aún como cismáticos, la única fuente de la ortodoxia.

El recorrido hacia la conversión

En este período de su vida, ya bastante conocedor de los dramas por los cuales pasaba el cardenal John Henry Newman, principal impulsor del Movimiento de Oxford y su importante mentor, Faber decidió abandonar las visiones calvinistas de su juventud, convirtiéndose en un fervoroso anglocatólico.

En 1839 fue ordenado según el rito inválido de la Iglesia cismática de Inglaterra; más tarde, en 1843, aceptaría el cargo de rector de una iglesia de Elton, lo que le llevaría a emprender un viaje a Roma para instruirse mejor en los deberes pastorales y, guiado por la Providencia, entrar en contacto con la fuente de la verdad.

Se iniciaba el recorrido hacia su conversión. Faber se encantó con la liturgia y las prácticas católicas y, de regreso a Inglaterra, introdujo algunas de esas costumbres en Elton, como la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y la conmemoración de las fiestas

de los santos, a pesar de la presencia de metodistas en su parroquia.

Su alma de bautizado se veía atrapada entre los escombros de aquella fe gélida que suelen profesar los anglicanos, pero que, en un contacto cada vez más próximo con Henry Newman y la Iglesia Católica, poco a poco se iba liberando. Finalmente, Faber dejó Elton e ingresó de manera oficial en el catolicismo.

Acompañado por algunos miembros de su parroquia, en 1845 fue recibido en la Iglesia Católica por el obispo William Wareing, de Northampton. Los neoconvertidos se establecieron en Birmingham, donde organizaron una especie de comunidad religiosa —en la cual primaban las prácticas católicas y la vida de piedad—, cuyos frutos no tardaron en notarse. Por el celo de Faber, en pocos meses se erigió una nueva iglesia en honor de San Wilfrido —su patrón—, diseñada por el ilustre arquitecto Pugin.

En este punto de su existencia, florecerían sus mejores atributos, pues los esfuerzos que había llevado a cabo en pro de la edificación de la iglesia, sumados al desgaste ocasionado por las lides apostólicas, darían testimonio a favor de una virtuosa personalidad y total dedicación a los fieles.

Vínculo con la Madre de Dios

Debilitado por los trabajos, una enfermedad lo llevó al borde de la muerte. En estas circunstancias, no obstante, Faber encontraría el áncora de toda su vida: la Virgen María. En

efecto, en el transcurso de su dolencia, empezó a alimentar una arraigada devoción a Nuestra Señora, confiándole su destino, el cual, por ventura, aún tendría un largo recorrido.

Como veremos, fruto de ese vínculo filial establecido entre Madre e hijo le será franqueada a una parte de la cristiandad la difusión de un célebre libro que marcará para siempre la devoción mariana.

Mientras tanto, tras recibir la Unción de los Enfermos, Faber recobró la salud, retomando con ahínco, a lo largo de los meses, su labor apostólica, que culminó en su genuina ordenación como sacerdote católico. Pudo celebrar su primera Misa el 4 de abril de 1847.

Al frente del Oratorio, crece su labor apostólica

Después de un arduo trabajo para establecer una nueva comunidad, esta vez en la capital inglesa, según la recomendación del propio cardenal Newman, el 11 de octubre de 1850, fiesta de San Wilfrido, Faber fue elegido primer rector del Oratorio de San Felipe Neri de Londres, cargo que ejercerá hasta la muerte.

Los trece años al frente de esa casa del instituto, aún exento de formas canónicas propuestas por la legislación de la Iglesia de la época, acabaron por dotarle una amplia flexibilidad en el apostolado. Primeramente, porque los oratorianos tenían reglas muy singulares, que detallaban pocos aspectos de la vida en común, confiando lo esencial de la formación a la transmisión

Formado en un ambiente calvinista, Faber se unió al movimiento anglocatólico de Oxford e inició el camino que culminaría con su conversión al catolicismo

University College, Oxford (Reino Unido). En el destacado, Faber en su juventud



Reproducción

verbal. En segundo lugar, porque esto le permitía mantener abiertos diversos frentes evangelizadores, entre ellos, la convivencia comunitaria impregnada de actividades externas, las ceremonias litúrgicas en capillas o iglesias, la difusión de trabajos literarios.

Muchos fueron los escritos dejados por el P. Faber, reveladores de su agudo tino psicológico y de la penetrante percepción del alma humana que poseía; al mismo tiempo, entrecruzaba la explicación teológica con esclarecedores y mordaces ejemplos, capaces de mover la voluntad hacia la búsqueda de la práctica de la virtud.

Del caudal de obras legadas, sus himnos litúrgicos constituyen una significativa expresión del alma entregada a Dios y empapada del calor sobrenatural, como bien lo refleja el famoso *Faith of our Fathers!* En este himno, el P. Faber no se olvida de la Virgen al exclamar: «Las oraciones de María conquistarán este país de nuevo para ti [Señor]; y mediante tal verdad que viene de Dios, Inglaterra será entonces libre».

Después de una vida marcada por un infatigable celo por la formación espiritual de los fieles y revitalización del culto litúrgico, así como por un fervoroso anhelo por la conversión de su nación a la Iglesia Católica, el P. Faber entregó su alma a Dios el 26 de noviembre de 1863.

En las decenas de himnos y libros que compuso, sumados a los innumerables panfletos y traducciones, quedó labrada para la posteridad la piedad militante de este insigne inglés que, habiendo comprendido a fondo los males de su pueblo, acabó siendo envuelto en la niebla del olvido de los hombres, pero no de Dios.

Sus escritos, no obstante, continúan su recorrido benéfico para las almas; muchas, suponemos, le deben el favor del buen consejo, de la palabra exacta y del estímulo necesario en la lucha de todo cristiano en este valle de lágrimas.

Acertadamente, en diferentes circunstancias el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira se refirió al P. Faber como «grandísimo hombre», «ultramontano del siglo XIX», «gran teólogo» y un varón que «luchó magníficamente contra el protestantismo y fue un gran defensor de la obra de San Luis Grignon de Montfort».

Divulgador del «Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen»

De hecho, a mediados de la década de 1850, al entrar en contacto por primera vez con la vida del insigne bretón, ni siquiera beatificado por entonces, el P. Faber enseguida discernió que se trataba de un hombre con aires proféticos,



El P. Faber se dedicó a trabajos literarios, que revelan su tino psicológico y su penetración de las almas

El P. Faber en torno a 1860

un «misionero del Espíritu Santo»,³ cuyos peculiares rasgos de alma traslucían en las páginas del *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, del cual no sólo pronto se convirtió en un admirador indiscutible, sino también traductor y divulgador.⁴

Así pues, le cupo el mérito de hacer pública para determinado grupo de fieles europeos, a partir de su traducción al inglés, la obra maestra del santo francés, sobre la cual comentó al prologarla en 1862: «Yo mismo traduje el *Tratado* entero, lo que dio mu-

cho trabajo; y fui escrupulosamente fiel. [...] Hay en este libro, me atrevo a decir, el sentimiento de algo inspirado y sobrenatural, que siempre va en aumento a medida que profundizamos en su estudio. Además, uno no puede dejar de experimentar, después de leerlo una y otra vez, que en él parece que la novedad nunca envejece, la plenitud nunca disminuye, el fresco perfume y el fuego sensible de la unción nunca se disipan o debilitan».⁵

De esta manera, el P. Faber pudo retribuirle a la Madre de Dios los favores que de Ella había recibido cuando, al borde de la muerte, anticipó el gozo de su singular misericordia. Acerca de la Virgen, así se expresó: «María cae en el olvido; perecen miles de almas porque María está lejos de ellas. [...] Sin embargo, según las revelaciones de los santos, Dios quiere expresamente una devoción más amplia, más extensa, más sólida, una devoción muy diferente a la actual para con su Madre Santísima».⁶

Infatigable celo para combatir los males de su tiempo

Además de su profunda veneración por la Virgen, el carácter combativo de este teólogo inglés lo impulsaba a señalar, con su perspicaz y minuciosa pluma, los males que aquejaban a su nación y, en la medida de lo posible, a remediar tales desgracias.

En cuanto al materialismo y naturalismo revolucionarios de la Inglaterra de mediados del siglo XIX, el P. Faber los combatió predicando que Dios y el alma —el propio ser del hombre en el campo espiritual— constituyen aquello que es verdaderamente real, pues poseen un valor intrínseco inestimable.

Entonces, «el naturalismo encuentra la santidad insoportable, porque no gusta de Dios. [...] Bajo los auspicios del naturalismo, la espiritualidad no es bien pronto más que una especie de literatura que se ofrece a la inteligencia curiosa, o tal vez una golosina para la devoción superficial de un corazón



Diliff (CC by-sa 3.0)

De la labor apostólica del P. Faber al frente del Oratorio, sumado al beneficio que aportan sus escritos y predicaciones, las Islas Británicas recibieron un nuevo aliento de gracias

Iglesia del Inmaculado Corazón de María, del Oratorio de San Felipe Neri, Londres

muy dividido, o bien una especie de salsa o sazónamiento que realiza el goce del mundo con su contraste».⁷

De este modo, dificultaba el perjuicio ocasionado por quienes pretendieran la muerte de lo sobrenatural, aprovechándose de la espiritualidad misma del hombre.

En oposición a la cortina de humo de la Revolución Industrial, que ya embotaba un montón de almas por el pragmatismo, el P. Faber no encontró una salida más eficaz que proclamar a los hombres que la única finalidad real para esta vida consiste en salvaguardar la condición de hijos de Dios y en la aceptación de una vida *post mortem*.

Por eso tiene todo propósito su exhortación: «Si fueran estas las últimas palabras que os dirigiera, nada querría deciros con más énfasis, nin-

gún pensamiento de fe —después del de la preciosa sangre de Cristo— sería más útil y provechoso para vosotros que el castigo eterno».⁸

De acuerdo con el hecho de que no hay dos personas que sean entera y perfectamente similares, «Dios ha visto una especialidad entre nosotros desde toda la eternidad; amó esa especialidad, y ella es la que decide nuestro sitio y nuestra obra en su creación».⁹ Al P. Faber le cupo, por la trayectoria de su vida, aumentada con el beneficio proporcionado por sus manuscritos y predicaciones, trazar el itinerario espiritual capaz de curar al inglés contemporáneo de su individualismo insular, triste e inmerso en una especie de comodidad inauténtica, al pregonar: ¡salid de vosotros mismos, volved hacia los demás,

quered ser buenos! De ahí que afirmara que «la bondad consiste en el desbordamiento de sí mismo en los otros; es el colocar a los demás en el lugar de sí mismo, y en tratarlos como cada uno quisiera ser tratado».¹⁰

De la labor apostólica del P. Faber al frente del Oratorio y del bien proporcionado a cuantos le estuvieron subordinados, sumados a la expansión del Movimiento de Oxford y de las excelentes conversiones espirituales que le sobrevivieron, las Islas Británicas recibieron un nuevo aliento de gracias.

Tales razones nos llevan a suponer que, consideradas sus cualidades morales e intelectuales, el epílogo de la vida de este guía de almas y teólogo mariano se ve expresado en las palabras del Dr. Plinio: «El P. Faber está lleno de fuego de celo por la Iglesia». ✧

¹ Debido a los diversos sentidos que el término *Iglesia alta* posee, algunos incluso históricamente distintos según el pensamiento de la Iglesia anglicana, destacamos que en este artículo *High Church* alude de manera exclusiva a la tendencia existente en cierto número de seguidores del anglicanismo a asociar sus Iglesias, en sus prácticas y rituales, al catolicismo romano, quizá en un intento sincero de conversión. Esta tendencia generó disensiones doctrinales internas en la Iglesia anglicana, y fue motivo de no pocas conversiones de ingleses a la Iglesia Ca-

tólica. San John Henry Newman, Edward Pusey y Chesterton son eminentes ejemplos de ello. Lo opuesto a la *High Church* es la *Low Church* —Iglesia baja—, es decir, de tendencia menos tradicional y más alejada de Roma.

² El término *anglocatólico* abarca personas, grupos, ideas, costumbres y prácticas de la comunión anglicana que enfatizan la continuidad con la tradición católica, aunque todavía existan divergencias en relación con los católicos romanos acerca del poder e influencia del obispo de Roma, el Papa.

³ FABER, CO, Frederick William. Prefácio. In: SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONFORT. *Tratado da verdadeira devoção à Santíssima Virgem*. 32.^a ed. Petrópolis: Vozes, 2003, p. 9.

⁴ Durante la Revolución francesa, el manuscrito de San Luis Grignon fue metido en una caja y escondido en Saint-Laurent-sur-Sèvre, en un descampado próximo a la capilla, donde fue olvidado hasta el 29 de abril de 1842, fecha en la que un misionero de la Compañía de María lo encontró, entre otros libros.

⁵ FABER, op. cit., p. 15.

⁶ Ídem, p. 14.

⁷ FABER, CO, Frederick William. *Conferencias espirituales*. Madrid: Leocadio López, 1888, p. 434.

⁸ FABER, CO, Frederick William, apud BOWDEN, CO, John Edward. *The Life and Letters of Frederick William Faber*. London: Thomas Richardson and Son, 1869, p. 503.

⁹ FABER, *Conferencias espirituales*, op. cit., p. 489.

¹⁰ Ídem, p. 3.

Un peldaño para la devoción a la Virgen

En medio del dolor, Dña. Lucilia encontraba equilibrio para preocuparse más por el estado de salud de su hijo que por ella misma. Era, pues, una bienquerencia sin pretensiones, nada egoísta, realizada más bien en función del amor de Dios.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

La convivencia con Dña. Lucilia fue para su hijo, Plinio, un oasis. Con ella aprendió, además de la elevación, la donación de sí mismo llevada hasta las últimas consecuencias. El siguiente comentario expresa cuánto ella fue un auxilio extraordinario, sin el cual no habría llegado a la práctica de la virtud:

«Un beneficio profundísimo que recibí de ella, y no sé lo que sería de mí —naturalmente Nuestra Señora es mi Madre y Ella habría de proveer por mí— si no lo hubiese recibido, fue el de creer, por haberla conocido, que sí es posible el grado de afecto y de dedicación que ella poseía. Y también el grado de desprendimiento de alma y de deseo de dirigirse hacia las cosas superiores que la caracterizaban. Quien conoció esas dos cualidades se vuelve propenso a elevar su alma *ad maiora*, y adquiere la convicción de que, amando de hecho a Nuestro Señor Jesucristo y a Nuestra Señora, se es capaz de una dedicación y de un afecto como el de ella. Y nada es más antiaxiológico que imaginar el mundo constituido irremediablemente por viles egoístas. Además, si el alma llega a creer en el error de que eso es inevitable, la vida

recibe una carga de amargura, de decepción y de *non-sens*, de una brutalidad indecibles...».

Un hecho ocurrido con Dña. Lucilia demuestra bien, por la reacción que produjo en el alma del pequeño Plinio, cuál era la naturaleza de la influencia que ejercía sobre su hijo. Teniendo él 7 u 8 años, este episodio de tinte trágico constituyó, dentro de

la «topografía de la infancia», una especie de montaña.

Doña Lucilia sufre un accidente

Plinio estaba en casa, jugando o contemplando y, de repente, se divulgó la angustiosa noticia de que Dña. Lucilia había sufrido un accidente cuando estaba fuera de casa. En efecto, había ido a un dentista de la calle São Bento, en el mismo edificio donde quedaba el bufete de su esposo, el Dr. João Paulo; mientras bajaba las escaleras perdió el equilibrio y al intentar apoyarse en el pasamanos acabó dislocándose el hombro.

Plinio se llevó un susto cuando, en voz baja, le dijeron que su madre iba a llegar bajo los efectos del cloroformo, el cual dejaba a la persona un tanto anestesiada, pues volver a colocar el hombro en su sitio era un proceso extremadamente doloroso. Por eso, además, sería trasladada en ambulancia. En una época en que todavía se usaban mucho los caballos, bien se puede imaginar el drama que sería, para un inocente niño, verla llegar en aquel vehículo extraño.

Entonces los familiares lo dejaron a solas y comenzaron a arreglar y or-



Plinio se llevó un susto cuando supo que Dña. Lucilia había sufrido un accidente

El Dr. Plinio en su niñez

denar la habitación, yendo de un lado para otro, con mucha prisa.

Finalmente, llegó Dña. Lucilia.

El pequeño escuchó el ajetreo de la ambulancia y luego, a cierta distancia, los pasos de los que la llevaban por el pasillo. A continuación vio a los médicos, con aquellos grandes bigotes, aún de la época del káiser, pidiendo yeso y agua caliente... ¡Todo daba la impresión de tragedia!

Orden y dulzura en medio del dolor

Por fin, autorizaron a Plinio a visitarla. Siempre recordaría aquel contacto que tuvo con Dña. Lucilia. Le habían dicho que tuviera mucho cuidado al abrazarla y que no se arrojara sobre ella, pues todavía se estaba sintiendo mal y sufría un dolor insoporable. Fue, entonces, introducido silenciosamente en la habitación y sólo la vio de lejos, desde la puerta: estaba acostada en la cama sobre su brazo derecho, teniendo el otro enyesado, y con la cabeza puesta en la almohada, muy pálida, pero con una resignación completa. Había una lamparita azul en la cabecera; él escuchó su gemido, tan suave y tan ordenado, que parecía el latido del corazón. Y pensó: «¡Qué orden y qué dulzura!».

Cuando ella percibió, en medio de aquella penumbra azul, la presencia del niño, extendió el brazo y le hizo una seña:

—Hijo, ¿eres tú?

Él se acercó a la cama y la besó en la mejilla muchas veces, mientras ella lo abrazaba y acariciaba. Después, antes de que él preguntara nada, ella tomó la iniciativa de hacerlo:

—Hijo mío, ¿estás mejor de tu resfriado? ¿Estás teniendo cuidado con el relente y las bebidas frías?

Entonces él se dio cuenta de que, en medio de ese dolor, ¡su madre todavía encontraba el equilibrio para preocuparse más por su estado de salud que por ella misma! Era, pues,



Para Plinio, la confianza plena en la Virgen tuvo como base la paciencia y la dulzura de su madre

Doña Lucilia poco antes de su boda

una bienquerencia sin pretensiones, nada egoísta, realizada más bien en función del amor de Dios.

Aquel trato sublime quedó marcado en el alma de Plinio y, mientras se retiraba, pensaba: «¡Hay entre ella y yo una interpenetración profunda! ¡Mi alma está en la más íntima unión y afinidad con la suya! Lo que le afecta a ella, me afecta a mí, porque yo soy una prolongación suya; lo que golpea allí, duele allí y duele aquí, ¡pues yo lo siento como si fuese en mí!».

Maternidad que preparaba para la devoción a la Virgen

Podemos observar, en todos estos episodios de su primera infancia, que ella había sido creada para ser, junto a su hijo, una especie de peldaño para llegar hasta Dios y, al mismo tiempo, un soporte para que él más tarde comprendiese con facilidad la devoción a la Virgen. Era como la orla del manto de Nuestra Señora, que llegaba hasta el niño. Así, cuando a los 12 años, en una etapa difícil de su vida, se arrodilló a los pies de la imagen de María Auxiliadora, diciéndole: «¡Sálvame, Reina de misericordia!», aquella confianza plena

tenía como base el amor y la comprensión que había tenido de la maternidad de Dña. Lucilia: «Si mi madre es como es, ésta, que es la Madre de las madres, la Madre de toda la humanidad, ¡no me imagino ni cómo será!».

«El hecho de experimentar esa paciencia de mi madre me preparaba para algo muchísimo mayor: la devoción a la Santísima Virgen. Y cuando rezo la *Salve Regina* o el *Memorare* tengo la impresión de estar haciendo con Ella un poco lo que hacía con mamá. No en el sentido físico de la palabra, sino diciéndole cosas que abrieran su misericordia [...], entendiendo que la súplica de un hijo afligido es escuchada y que puedo explicarle mis problemas con confianza, pues nunca seré mal recibido. De una u otra forma, en los días posteriores a esos hechos, comparaba a mi madre con las personas mayores que veía, y pensaba: “Como ella, nadie. Si soy bueno, ¡ella será para mí un mar de bondad! Pero ¿esa bondad viene de ella? ¡No! Veo que esto existe, a la manera de relámpagos, en otras personas también, aunque en ella permanece de modo estable. Si existe en varios individuos, significa que la fuente de la bondad no está en ella. Así que necesito descubrirla”. Y me venía una cierta idea confusa de que mamá era tan sólo una gota de agua dentro de un océano... Luego comprendería que esa fuente era Nuestro Señor Jesucristo».¹ ✧

Extraído, con adaptaciones de:
El don de la sabiduría,
en la mente, vida y obra de
Plinio Corrêa de Oliveira.
Città del Vaticano-Lima: LEV;
Heraldos del Evangelio,
2016, t. I, pp. 126-131.

¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Notas Autobiográficas*. São Paulo: Retornarei, 2008, t. I, p. 71.



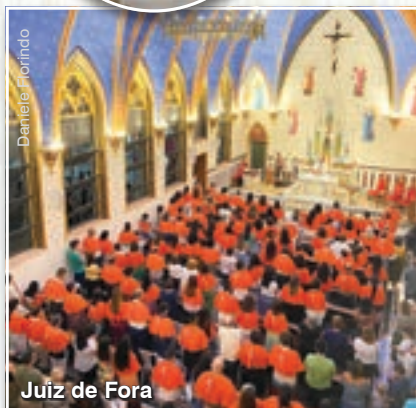
Un Brasil mariano

Con motivo de la solemnidad de la Anunciación del Señor, 25 de marzo, otra tanda del curso en línea impartido en portugués por el P. Ricardo José Basso, EP, a través de la Plataforma de Formación Católica Reconquista, se consagró a la Santísima Virgen como esclavos de amor, según el método de San Luis María Grignon de Montfort.

Las ceremonias presenciales tuvieron lugar en varias capitales de estado, como: Belo Hori-

zonte, Brasília, Campo Grande, Cuiabá, Fortaleza, Manaus, Recife, Río de Janeiro; y en muchos municipios brasileños más, entre ellos: Juiz de Fora, Montes Claros, Campos dos Goytacazes, Nova Friburgo, Joinville, Ponta Grossa, Caieiras, São Carlos, Ubatuba.

Asimismo, en Portugal, muchos devotos de Nuestra Señora firmaron ese mismo día su consagración en Lisboa, Braga, Guimarães y Barreiro.



Juiz de Fora



Manaos



Braga (Portugal)



Montes Claros



Nova Friburgo



Cotia



Campo Grande



Cariacica



Cuiabá



Caieiras

David Azeiteiro



Río de Janeiro

Vanessa Perrone



Fortaleza

Cezar Rubele



Piraquara

William Dreier



Rodrigo Aravedo



Moreno

Diego Maciel



Belo Horizonte

Luís Leal



Paula Fernanda



Presidente Prudente

Maurício D'S



Brasília

Maciel Holanda



Conquistas para María

Los días 18 y 19 de marzo, las gracias de la consagración como esclavo de amor a la Santísima Virgen también se hicieron sentir en distintas partes de Europa y de América, como conclusión del curso preparatorio impartido en español por el P. Manuel Rodríguez Sancho, EP, en la Plataforma de Formación Católica Reconquista.

Destacaron las bendecidas y concurridas ceremonias presenciales celebradas en

Argentina, Uruguay, Chile, Bolivia, Perú, México, República Dominicana, Costa Rica, El Salvador, Guatemala y Canadá, así como en las ciudades de Madrid, Barcelona y Murcia, en España; Los Ángeles y Miami, en Estados Unidos; Tocancipá y El Retiro, en Colombia; Quito, Guayaquil, Cuenca, Tulcán y Portoviejo, en Ecuador; Ypacaraí, Villarica y Pedro Juan Caballero, en Paraguay.



Estados Unidos



Ecuador



Cesar Galarza



España



Chile



Bolivia



Giuseppe Piro



Paraguay



Argentina



Canadá



Colombia



República Dominicana



Guatemala



Perú



Costa Rica



México



Uruguay



El Salvador



SUCEDIÓ EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO

Menos religión, más suicidios

Un estudio del catedrático de epidemiología de la Universidad de Harvard, Tyler Vanderweele, señala que la falta de religiosidad es uno de los factores que más han llevado a la humanidad a la infelicidad y al suicidio. Los datos publicados tan sólo se refieren a Estados Unidos, pero Vanderweele añade que las pesquisas en curso en otras veintidós naciones están obteniendo resultados similares.

Las investigaciones demuestran que la juventud de hoy es más vulnerable a la depresión y confirman que tanto el matrimonio como la participación en una comunidad religiosa «están poderosamente relacionados con muchos aspectos del bienestar». Por el contrario, «la participación en las redes sociales contribuye negativamente al bienestar» entre los jóvenes.

Sobre los que participan regularmente en comunidades religiosas, el informe revela que «tienen un 30 % menos de riesgo de morir durante quince años y de sufrir depresión, una probabilidad cinco veces menor de suicidarse y la mitad de probabilidades de divorciarse».

Meditaciones sobre la misa en Estados Unidos

A lo largo del Tiempo Pascual, los obispos católicos de Estados Unidos promoverán una serie de meditaciones sobre la belleza de la santa misa. La iniciativa, denominada *Luz hermosa: una mistagogia pascual*, tiene por objeto despertar en los fieles la admiración por el divino misterio de la

eucaristía, redescubriendo la verdad, belleza y bondad contenidas en este sacramento, «fuente y culmen de toda la vida cristiana».

Durante las siete meditaciones impartidas por obispos, teólogos y estudiosos, serán abordados temas como el sacrificio, el llamamiento universal a la santidad, el amor de Jesús por las almas, el misterio pascual y la alegría de la adoración trinitaria.

La religión más confiable en Corea del Sur

El catolicismo ha sido considerado la religión más fiable de Corea del Sur en una encuesta realizada recientemente por la G&Com Research, a petición del Movimiento de Práctica de Ética Cristiana.

De los más de mil entrevistados, el 21,4 % declararon tener más confianza en la Iglesia Católica, superando el nivel depositado en otras religiones, como el budismo, que recibió el reconocimiento del 15,7 % de las personas. Por otra parte, el 26,4 % afirmó que el catolicismo ofrece mayor contribución positiva a la sociedad surcoreana, materializada en las iniciativas encaminadas al servicio comunitario, como guarderías, escuelas, asilos, facultades, hospitales, entre otros.



Reproducción

Exposición de las joyas de la Corona británica

La Torre de Londres acogerá una nueva exposición de las joyas de la Corona inglesa, centrando su inspiración cristiana, para marcar el año de la coronación del rey Carlos III. Según el historiador Charles Farris, estas jo-

yas «son los símbolos más poderosos de la monarquía británica, y tienen un profundo significado religioso, histórico y cultural», que será ampliamente abordado en la muestra.

Entre las joyas que se exhibirán, se encuentra la corona de San Eduardo y la Corona Imperial del Estado —utilizada en la coronación de los monarcas ingleses—, el cetro, el orbe, la espada de la Justicia y la de la Misericordia, la ampolla de la consagración y su cuchara —que data del siglo XIII—, y el anillo de San Eduardo, en el cual está engastado un zafiro que habría pertenecido al santo. La exposición también mostrará otros objetos del tesoro real como el Koh-i-Noor, el diamante más famoso del mundo, y el rubí del Príncipe Negro, que fue una de las gemas favoritas de la reina Isabel II.

Día nacional del Rosario de los Hombres

El movimiento del Rosario de los Hombres, que reúne en torno a 2,5 millones de seguidores en todo Brasil, ha recibido la aprobación del Senado para el proyecto de ley que define el día 8 de septiembre —fiesta de la Natividad de María— como su día nacional.

El autor del proyecto justificó la petición por el «profundo significado devocional para los católicos brasileños y la fuerza de este movimiento para el fortalecimiento de una sociedad justa, solidaria y comprometida con la dignidad y la espiritualidad del ser humano». Por su parte, el relator del proyecto subrayó que «el Rosario de los Hombres es un movimiento cristiano que tiene el propósito de involucrar en la Iglesia Católica a hombres de todas las generaciones mediante este acto de fe y devoción, como estímulo fundamental de la familia cristiana y de la sociedad en su conjunto».

Atención permanente para confesiones

Ésta es la intención de la capilla de la Divina Misericordia en el comple-

La catedral de Notre Dame será reabierta

Cuatro años después del devastador incendio que casi destruye una de las catedrales más emblemáticas del mundo, Notre Dame de París, las autoridades francesas anuncian la reapertura en 2024. Los servicios litúrgicos, así como las visitas, comenzarán de nuevo a partir de la Navidad de ese año, si bien que los trabajos de restauración podrían prolongarse hasta 2025.

Para alegría de los fieles, la icónica aguja de Viollet-le-Duc —colapsada durante el siniestro— será reconstruida conforme al modelo original, según informó el general Jean-Louis Georgelin, supervisor del órgano público encargado de la rehabilitación: «El regreso de la aguja al cielo de París será, en mi opinión, el símbolo de que estamos ganando la batalla por Notre Dame».



La catedral de Notre Dame antes y durante el incendio que la destruyó en 2019

jo del Seminario Menor de Nuestra Señora de Guadalupe, en la ciudad de Makati, Filipinas. El arzobispo de Manila, el cardenal José Forte Advincula, presidió la ceremonia del inicio de la construcción del templo, que ofrecerá un servicio de confesiones durante las 24 horas del día.

«Dios siempre está esperando el momento preeminente en que una persona pueda sentir, pueda hacer y pueda acercarse al sacramento de la Reconciliación», comentó el purpurado, quien desea que en la nueva capilla los fieles tengan la facilidad de beneficiarse de este sublime sacramento en cualquier momento del día.

Ataques feministas a iglesias

Con motivo del Día Internacional de la Mujer, grupos feministas atacaron varias iglesias católicas en el mundo, agrediendo a personas, dañando edificios e insultando con esló-

ganes vulgares la fe cristiana y sus valores morales. Los episodios, que se repiten impunemente cada 8 de marzo, presentaron menos incidentes este año debido a la intervención policial y a la rápida actuación de los fieles para defender los templos. No obstante, la jornada dejó su marca de odio en varias ciudades de España y de América Latina, especialmente en México.

En Bolivia, el arzobispo de Cochabamba, Mons. Óscar Omar Aparicio Céspedes, protestó contra los actos vandálicos perpetrados en la catedral de San Sebastián, declarando: «En nombre justamente del respeto y de la no violencia se nos hace violencia y se nos insulta. Creo que esto es inaceptable para todos nosotros».

Un joven peregrina a pie de Polonia a Fátima

En una peregrinación de más de doscientos días, el joven polaco de

23 años, Jakub Karłowicz, cruzó diez países y anduvo más de 5.600 km rezando el rosario. La caminata, que comenzó el 17 de julio de 2022, fue ofrecida a la Santísima Virgen y tuvo como destino el Santuario de Fátima. Dejando a un lado tarjetas de crédito, dinero y ropa de cambio, Jakub se confió a la Providencia divina y viajó tan sólo con su rosario, que considera «el arma más eficaz del mundo».

El peregrino visitó diversos santuarios, donde pudo asistir a misa, hacer adoración al Santísimo Sacramento y ofrecer muchas avemarías por la paz mundial. Su jornada, bajo el patrocinio de San Juan Bosco, tuvo miles de seguidores en la página *Bajo la protección de Dios*, en la cual Jakub afirma que nunca pasó hambre, gracias a la hospitalidad de familias, parroquias y personas de buena voluntad que lo socorrieron a lo largo de toda la marcha.

Ya que no quieres ayuda...

Con un palito, una escalera, un pequeño empujón e incluso lastimándose, el novicio intentó socorrerlos a todos. Pero ninguno aceptó sus cuidados.



✠ Denise María Ruiz Reyes

En lo alto de una colina, en la región de los Alpes, había un convento. Era pequeño, pero muy bendecido, bien cuidado y rodeado de un paisaje paradisíaco. En invierno todo se cubría de nieve y la naturaleza quedaba en completo silencio. En cambio, en primavera era todo distinto: se oía continuamente el canto de los pájaros y el movimiento de otros animales alrededor del convento, transmitiendo alegría a los frailes que allí vivían.

La disciplina religiosa se desarrollaba en serena rutina, cada cual cumpliendo con sus obligaciones. Fray Anas-

tasio era el superior; fray Jerónimo, el responsable de la cocina; fray Alberto se encargaba de la enfermería; fray Roberto organizaba la biblioteca; fray Gregorio era el sacristán; fray Esteban cuidaba la huerta y el jardín.

También había entre ellos un novicio de tan sólo 18 años, que acababa de llegar. Se llamaba Felipe. Aunque no desempeñaba ningún oficio concreto, debía auxiliar a sus hermanos de vocación para ir aprendiendo las costumbres del convento. A pesar de su buena disposición, aún conservaba una manera de ser algo grosera y, por tanto, tenía cierta dificultad para aceptar consejos y una tendencia a seguir sus propios criterios. Sin embargo, iba camino de ser un buen fraile, todo era cuestión de tiempo.

Al principio de la primavera, cuando la nieve ya se había derretido casi por completo y los primeros brotes empezaban a germinar, Felipe le pidió permiso al superior para salir de la clausura y pasear por los alrededores, a fin de contemplar la naturaleza. Fray Anastasio se lo permitió.

El joven estaba admirado con las maravillas que Dios había creado: los colores de las flores, la elegancia de los árboles, el verdor de la pradera que parecía cambiar de tonalidad según los rayos del sol, la agilidad de

las ardillas que por allí correteaban... Todo era perfecto.

Cuando estaba en medio del bosque escuchó un ruido que sonaba como si fueran palos golpeándose entre sí. Siguió la dirección de donde parecía que venía el ruido y vio que se trataba de dos alces. Estaban luchando y las «armas» de las que disponían eran sus cuernos, los cuales terminaron enredándose de tal forma que ya no lograban, por nada, separarse uno del otro.

Tomado de pena, salió a su encuentro con la intención de ayudarlos. Todo fue en vano... El novicio intentaba desenredar los cuernos y los animales lo lastimaban a coces. Después de renovados intentos, dijo, exhausto: «Bueno, ya que no queréis ayuda, ¿qué puedo hacer?». Y dándose cuenta de que se acercaba el horario del oficio de la comunidad, decidió regresar.

Tras el canto litúrgico, la comida y un período de meditación, Felipe salió nuevamente al bosque —esta vez acompañado por tres religiosos más— para contemplar desde allí la puesta de sol. Cuando pasó por el mismo sitio que había estado por la mañana, vio a los dos alces: los cuernos de uno enganchados con los del otro, ambos tirados en el suelo, jadeando y casi muertos de tanto esfuerzo. ¿Ha-



Había entre ellos un novicio, que tenía cierta dificultad para aceptar consejos...



Al pasar por la puerta, encontró un escarabajo al cual, en vano, la víspera había intentado ayudar a enderezarse. Ya estaba muerto

bría alguna manera de socorrerlos? Si antes no habían aceptado la ayuda, en ese momento ya no podían recibirla, porque los cuatro religiosos tenían que volver, pues estaba oscureciendo.

Al pasar por la puerta del convento, el novicio se fijó que en el suelo había un insecto negro. Se inclinó para verlo mejor y percibió que se trataba de un escarabajo que —probablemente— se cayó de espalda al intentar subir el escalón y no conseguía volver a su posición habitual. El pobre bicho parecía afligido y angustiado. A Felipe se le ocurrió la idea de coger una ramita y tocarle en las patas. «Así podrá agarrarse y enderezarse», pensó. Sin embargo, su acción no obtuvo el resultado deseado... Intentó empujarlo un poquito con el pie, pero ni por esas salía de su infortunio el escarabajo. Felipe entonces se dio cuenta de que el bichito ¡se estaba ha-

ciendo el muerto! Al ver que sus esfuerzos no surtieron efecto, se dijo con pesar: «Ya que no quieres ayuda, ¿qué puedo hacer?». Y entrando en el convento se recogió en su celda a fin de renovar las energías para el día siguiente.

Como es costumbre, los religiosos se despiertan muy temprano para rezar maitines. Así que, en cuanto sonó la campana, Felipe se levantó y se arregló rápidamente para ir a la capilla. Al pasar por la puerta de entrada se encontró al escarabajo en la misma posición, pero muerto. El novicio reflexionó: «Bueno... No costaba nada haberse agarrado al palito». Y

siguió su camino sin detenerse en más consideraciones, para no llegar tarde.

La capilla del convento era alta y de estilo gótico. Apenas comenzaron las melodiosas alabanzas a Dios, un pajarito entró por una ventana y empezó a revolotear, agitado, buscando la salida. ¡No se acordaba por donde había entrado! Iba de un lado a otro, llegando incluso a rozar con sus alas la tonsura de los frailes.

El superior, al ver que era inútil proseguir en aquella situación, le dijo a Felipe: «Saca ese pájaro de aquí». Con la mayor discreción posible, el novicio intentó coger el pajarito; éste, no obstante, se sintió amenazado, se volvió más ágil y se posó en una de las lámparas de techo, muy arriba. El religioso buscó entonces una escalera para alcanzarlo, pero cuando sus manos estaban a punto de cogerlo... de nuevo salió volando desesperadamente.

«Ya que no quieres ayuda, ¿qué puedo hacer?», pensó el novicio. En obediencia a la orden recibida del superior, continuó intentando espantar al pajarito hacia la salida, hasta el momento en que la pobre ave se metió por un agujero que había en lo alto de una pared, de donde ya no logró salir. Piaba tanto que daba pena; pero ya era demasiado tarde... La grieta estaba a tanta altura que ningún fraile podía llegar hasta allí.

Finalmente, ya que el pajarito estaba «apresado», los maitines continuaron normalmente y la comunidad siguió su rutina.

Durante el horario de la meditación, el joven novicio recordaba esos tres ejemplos de desconsideración. Y la voz de la gracia le susurró al oído: «Felipe, tú actúas de manera similar». Habiendo abierto su corazón a la acción sobrenatural, la inspiración lo llevó a la siguiente conclusión: «Cuando alguien no acepta ayuda ni se somete a los consejos de los más experimentados, ¡le espera un triste final!». A partir de aquel día, el novicio tomó la resolución de ser siempre dócil a las orientaciones del superior y de sus hermanos de vocación, convirtiéndose en un religioso modélico para toda la orden.

Sigamos el ejemplo de Felipe y sepamos abandonarnos en las manos de quienes, por designio de Dios, deban guiarnos. ✧



Triste final tuvo el pájaro que no quiso ayuda. Lo mismo sucede con quien no se somete a los más experimentados

LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. San José Obrero.

San Segismundo, rey (†542). Convertido de la herejía arriana, erigió la abadía de Saint-Maurice d'Agaune, Suiza, y expió con penitencias, lágrimas y ayunos un grave crimen cometido.

2. San Atanasio, obispo y doctor de la Iglesia (†373 Alejandría, Egipto).

San José María Rubio Peralta, presbítero (†1929). Jesuita español, apóstol del confesionario y predicador de ejercicios espirituales en Madrid. Su lema era: «Hacer lo que Dios quiere, querer lo que Dios hace».

3. Santos Felipe y Santiago, apóstoles.

Beata María Leonia Paradis, virgen (†1912). Fundó en Canadá la Congregación de las Pequeñas Hermanas de la Sagrada Familia, destinada a auxiliar a los sacerdotes en sus actividades pastorales.

4. San Florián, mártir (†304). Oficial del ejército romano asesinado durante la persecución de Diocleciano por haberse declarado cristiano.

5. Beato Gregorio Frackowiak, mártir (†1943). Religioso de la Sociedad del Verbo Divino, preso y decapitado en Dresde, Alemania.

6. Beata Ana Rosa Gattorno, religiosa (†1900). Tras enviudar, fundó en Piacenza, Italia, la Congregación de las Hijas de Santa Ana, Madre de María Inmaculada.

7. V Domingo de Pascua.

San Antonio de Kiev, eremita (†1073). Nacido en Ucrania, vivió algunos años como monje en el

monte Atos, Grecia. Después regresó a su patria y fundó, en Kiev, el monasterio de las Grutas, junto con San Teodosio.

8. San Benito II, papa (†685). Sucesor de León II, fue insigne por su amor a la pobreza, humildad, afección, paciencia y liberalidad en las limosnas.

9. San Isaías, profeta (†s. VIII a. C.). «Gran profeta, fiel a los ojos del Señor» (Eclo 48, 23), fue enviado a revelar al pueblo infiel la venida del Salvador, como cumplimiento de las promesas hechas a David.

10. San Juan de Ávila, presbítero y doctor de la Iglesia (†1569 Montilla, España).

San Comgall, abad (†622). Fundó el monasterio de Bangor, Irlanda del Norte, que se convirtió en un importante centro de estudios y evangelización de la época. En él fueron formados, entre otros, San Columbano y San Galo.



Reproducción

San Fernando III de Castilla, retrato del siglo XV

11. San Ignacio de Laconi, religioso (†1781). Capuchino de Cerdeña que, recorriendo las plazas de Cagliari y las tabernas del puerto, pedía limosnas para socorrer a los pobres.

12. Santos Nereo y Aquiles, mártires (†s. III Roma).

San Pancracio, mártir (†s. IV Roma).

Santa Rictrudis, abadesa (†c. 688). Esposa de San Adalbaldo, con quien tuvo cuatro hijos también santos. Aconsejada por San Amado, fundó un monasterio en Marchiennes, Francia, del cual fue superiora.

13. Nuestra Señora de Fátima.

San Andrés Huberto Fournet, presbítero (†1834). Aunque proscrito por las autoridades civiles durante la Revolución francesa, continuó fortaleciendo a los fieles en la fe. Fundó, junto con Santa Isabel Bichier des Âges, el Instituto de las Hijas de la Cruz.

14. VI Domingo de Pascua.

San Matías, apóstol.

Santa Teodora Guérin, virgen (†1856). Ingresó en la Congregación de las Hermanas de la Providencia en Ruillé-sur-Loire, Francia. Enviada a los Estados Unidos para fundar una nueva comunidad, enfrentó con sabiduría las dificultades.

15. San Isidro, labrador (†s. 1130 Madrid).

16. San Posidio, obispo (†d. 473). Discípulo y amigo de San Agustín, quien le asistió en su muerte y escribió su biografía. Fue obispo de Calama, Argelia, y combatió la herejía donatista.

17. San Pascual Bailón, religioso (†1592 Villareal, España).

18. San Juan I, papa y mártir (†526 Rávena, Italia).

Beato Estanislao Kubski, presbítero y mártir (†1942). Murió en una cámara de gas del campo de concentración de Dachau, Alemania.

19. San Urbano I, papa (†230). Gobernó fielmente durante ocho años la Iglesia, tras el martirio de San Calixto.

20. San Bernardino de Siena, presbítero (†1444 L'Aquila, Italia).

San Protásio Chong Kuk-bo, mártir (†1839). Renegó de Cristo durante la persecución en Corea, pero después proclamó, arrepentido, su fe ante el juez y murió en la cárcel, tras sufrir crueles torturas.

21. Solemnidad de la Ascensión del Señor.

San Cristóbal Magallanes, presbítero, y **compañeros**, mártires (†1927 México).

San Carlos Eugenio de Mazenod, obispo (†1861). Fundador del Instituto de los Misioneros Oblatos de María Inmaculada, en Aix-en-Provence, Francia, fue electo obispo de Marsella.

22. Santa Joaquina Vedruna, religiosa (†1854 Barcelona, España).

Santa Rita de Casia, religiosa (†c. 1457 Casia, Italia).

Beata Humildad, abadesa (†1310). Con 24 años decidió, junto con su esposo, abandonar el mundo y abrazar la vida religiosa. Atraídas por su ejemplo, varias jóvenes se congregaron con ella en el monasterio de Santa María Novella, del cual fue priora.



Reproducción

Santa Ubaldesca Taccini - Puerta de San Juan, Londres

23. San Guiberto, monje (†962). Abandonando la carrera militar, donó sus posesiones para la construcción de un monasterio en Gembloux, Bélgica, y luego abrazó la vida monástica en la abadía de Gorze, Francia.

24. María Auxiliadora.

Beato Luis Ceferino Moreau, obispo (†1901). Trabajó por la formación del clero y el fervor de los religiosos de la diócesis de San Jacinto, Canadá. Fundó la Unión de San José y el Instituto de las Hermanas de San José.

25. San Beda el Venerable, presbítero y doctor de la Iglesia (†735 Jarrow, Inglaterra).

San Gregorio VII, papa (†1085 Salerno, Italia).

Santa María Magdalena de Pazzi, virgen (†1607 Florencia, Italia).

San Gerio (†c. 1270). Siendo conde de Lunel, abrazó la vida eremítica y murió durante

una peregrinación, en Montessanto, Italia.

26. San Felipe Neri, presbítero (†1595 Roma).

San Eleuterio, papa (†189). Convirtió muchos nobles romanos a la fe y envió apóstoles para evangelizar Gran Bretaña.

27. San Agustín de Canterbury, obispo (†604/605 Canterbury, Inglaterra).

San Eutropio, obispo (†c. 475). Tras enviudar, decidió entregarse totalmente a Dios. Fue ordenado diácono y más tarde elegido obispo de Orange, Francia.

28. Solemnidad de Pentecostés.

Santa Ubaldesca, virgen (†1206). Hija de padres pobres, entró en la Orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalén, en la cual, durante cincuenta y cinco años, se dedicó infatigablemente a las obras de misericordia.

29. Bienaventurada Virgen María, Madre de la Iglesia.

Beato José Gérard, presbítero (†1914). Misionero francés de los Oblatos de María Inmaculada, predicó el Evangelio durante más de cincuenta años en África Meridional.

30. San Fernando III, rey (†1252 Sevilla - España).

31. Visitación de la Virgen María.

Santa Battista (Camila) Varano, abadesa (†1524). Hija del príncipe de Camerino, Italia, con 23 años lo abandonó todo para ingresar en el monasterio de las clarisas de Urbino. Tres años después fundó en su ciudad natal un monasterio de su orden, del cual fue abadesa.

Un esplendor vetado a

¿Qué esconden las profundidades más inaccesibles de los mares? ¿Únicamente raras especies de peces, cordilleras, volcanes?...

Misterios. Nuestra vida está repleta de ellos; la creación misma los tiene en abundancia, pues la limitada mente humana no la puede abarcar por entero. Entre estos arcanos, el que parece que causa más estupefacción en los hombres es la marca de grandeza que el divino Artífice imprimió en determinadas obras, haciéndolas como partícipes, a la manera de un reflejo, de su infinitud. Tal sello atrajo a muchos a lo largo de la historia, llevándolos a buscar, sin escatimar esfuerzos, un medio de abrazar insondables amplitudes y, sin percibirlo, a alcanzar a Dios por el simple hecho de querer conocer a sus criaturas.

Hay un lugar, enigmático por antonomasia, que se extiende por la vastedad de la tierra y que hoy día no ha sido explorado sino una mínima porción de su totalidad: el fondo del mar.

Este desconocido sitio provoca mucha curiosidad entre los científicos, quienes tratan de llegar, valiéndose de aparatos diversos, hasta la región abisal del océano a fin de analizar lo que en ella existe. Tan sólo se sabe que allí se encuentran animales raros, e incluso volcanes, montañas y cordilleras. Sin embargo, nadie ha logrado descubrir lo más secreto de sus profundidades. Si esto fuera posible, ¡cuánta información inédita no obtendríamos! Pero, de momento, no es ésa la voluntad del Señor...

Oh, Todopoderoso, ¿qué has puesto en esos escondrijos marinos? ¿Qué encubren las aguas en su interior? ¿Únicamente especímenes ignotos, orografías probables, tinieblas impenetrables?

San Luis María Grignon de Montfort afirma en su *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*: «María es el santuario y descanso de la Santísima Trinidad, donde Dios mora más magnífica y divinamente que en ningún otro lugar del universo [...]; y a ninguna criatura, por pura que sea, está permitido entrar en Ella sin un gran privilegio».¹ ¿Le habrá sido concedida tal felicidad a alguien?

¡Oh, Dios! La vastedad del océano, por los hombres incógnita, no es ni

los pobres mortales



✠ Eduarda Bett José

Diego Delso (CC by-sa 4.0)

siquiera una gota de agua comparada con la excelencia de esa augusta Señora, fuente de tus complacencias. Tú, que estableciste un paraíso para los ángeles y los bienaventurados, decidiste también edificar un paraíso para ti y en él deleitarte. ¡Ese Cielo, santuario y descanso tuyo es la Santísima Virgen! En el alma sacratísima de María fueron depositadas maravillas de santidad, gracia, dones y virtudes; y sólo a ti, Trinidad sempiterna, Padre, Hijo y Espíritu Santo, te corresponde contemplarla en su plenitud.

No obstante, existe una diferencia entre la profundidad del mar y Nuestra Señora. En el océano, cuanto uno más se sumerge, más grande es la presión y la oscuridad, volviéndose imposible descubrir lo recóndito de su masa

acuosa. En María sucede lo contrario: a medida que uno se adentra en su persona, más aumenta su belleza, las luces se intensifican, un espectáculo de colores se manifiesta vivo y variado. Cuanto más la conocemos, más nos damos cuenta de que aún nos esperan mayores pulcritudes.

He aquí, Señor, que exclamo con tu siervo: «¡Oh, altura incomprensible! ¡Oh, anchura inefable! ¡Oh, grandeza sin medida! ¡Oh, abismo impenetrable!».²

En efecto, ¿es posible abarcar la inmensidad del amor de la Emperatriz del Cielo? ¿O de su humildad, de su fortaleza, de su sabiduría? ¿Es posible desvelar las fronteras de su capacidad de sufrir, del temor que le orientaba sus pasos, de la fe inquebrantable o de

la firme esperanza que la sostuvieron al pie de la cruz? Si tomo todas las cualidades existentes y las aplico a la Virgen, comprendo que no he podido vislumbrar ni siquiera la orla de su vastedad moral y espiritual.

El privilegio de contemplarla por entero sólo te pertenece a ti, ¡oh, Creador de todas las maravillas! Ella es, por tanto, un misterio para nosotros los mortales, cuyo acceso solamente te está reservado a ti. ✧

¹ SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT. *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, n.º 5, 16.ª ed. Sevilla: Apostolado mariano, 2009, p. 8.

² Ídem, n.º 7, p. 9.

Virgen heroica y pura

*S*anta Juana de Arco brilla en el firmamento de la Iglesia como uno de los reflejos más fascinantes de Nuestra Señora. La Doncella de Domrémy puede ser contada entre los últimos destellos, y quizá el más glorioso, de la pugnacidad católica típica de la época medieval.

Es la suya una vocación excepcional, ya que nunca se le había confiado a una mujer la tarea de liderar ejércitos y participar en batallas.

Con cándida generosidad e inusual coraje, la joven acepta la misión enviada por el Cielo y abandona su aldea. Entre las mil y una peripecias de la profetisa-soldado, constan espectaculares éxitos militares, cuajados de milagros y de episodios de heroísmo épico.

La figura de «La Pucelle» despunta como una centella divina capaz de avivar incendios de gracia y mover epopeyas sacrosantas. Su audaz e incansable pugnacidad, aliada a la más impoluta virginidad, la convierte en un símbolo, una luz, una gloria para la historia.

Plínio Corrêa de Oliveira

